I CONCURSO DE RELATOS CORTOS SOBRE LA BELLEZA DE LA FAMILIA

Fundación Casa de la Familia

I CONCURSO DE RELATOS CORTOS SOBRE LA BELLEZA DE LA FAMILIA

Editor
Fundación Casa de la Familia.
Plaza del Conde de Barajas, 1
28005 - Madrid

Ilustración portada
La flor del árbol del pistacho.
“El árbol con alma de familia”

Diseño y maquetación
Alba Martín-Aragón de la Fuente

Impresión
Artes Gráficas IARRICCIO
Luigi Iarriccio, Calle Río Ebro, 5
28860 - Paracuellos del Jarama,
Madrid

Nº de Depósito Legal
M-7778-2018

Publicación sin valor venal

PRÓLOGO

LA BELLEZA DE LA FAMILIA CRISTIANA

Cardenal Carlos Osoro Sierra, Arzobispo de Madrid

La Casa de la Familia, Fundación promovida por Doña María Antonia Pérez de la Riva en la Archidiócesis de Madrid y que hoy dirigen como Presidentes de la misma el matrimonio D. José Barceló y Dña. María Bazal, con todos los miembros del Patronato, convocaron un "Concurso de relatos cortos sobre la belleza de la Familia". Presentamos los trabajos de los premiados: Primer premio: "La consecuencia de leer tanto a Kafka" de Luis González Córdoba; Segundo premio: "Esa belleza de Familia pobre" de Miguel Sánchez Robles. Así mismo los Cuatro Accesit: Accesit 1 "Teoría y práctica" de Nélida Leal Rodríguez; Accesit 2: "Más allá del primer confín" (Tierras Cántabras, un día cualquiera del 2014) de Joan Ruscalleda Massó; Accesit 3: "La visita" de Juan Molina y Accesit 4: "Lo que Dios ha unido a donde Él nos lleve" de Natalio Saludes Martínez.

Todos los que formamos parte de la "Casa de la Familia" que tiene la misión de promover la belleza de la Familia Cristiana, sentimos el gozo de hacer esta publicación después de haber recibido y meditado el texto de la Exhortación Apostólica del Papa Francisco del último Sínodo de la Iglesia, titulado "Amoris laetitia". Quiere ser este concurso un medio más de otros muchos que esta institución tiene para promover la actualidad, la necesidad y la urgencia de verificar lo que en el mismo comienzo de la Exhortación Apostólica se nos dice: "La alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia"(AL 1).

¡Cuántas gracias a Dios! hemos de dar, por habernos dado a través de la celebración del Sínodo sobre la Familia, una reflexión profunda y amplia de la situación de las familias en el mundo actual, profundizando en cuestiones que son claves sobre cuestiones doctrinales, morales, espirituales y pastorales. Y como muy bien nos dice el Papa Francisco, no todas las discusiones sobre los problemas que afectan a la familia deben ser resueltas con intervenciones magisteriales. Desde aquí hemos de entender lo que ahora presentamos, algo tan sencillo, como hablar de la belleza de la familia, estimulando y valorando los dones del matrimonio y de la familia, que hacen posible sostener un amor fuerte que proyecta los grandes valores que se viven en la familia: la generosidad, el compromiso, la fidelidad, la paciencia, la misericordia, la cercanía, la paz, el gozo, la construcción de hogares sólidos y fecundos, donde la relación con Dios es manifiesta y clara.

La Casa de la Familia, tiene una misión clara: hacer todo lo que esté en su mano, para promover y cuidar con el mismo Amor de Dios la vida de las familias. Entre otras cosas porque está convencida, que “la pareja que ama y genera la vida es la verdadera ‘escultura’ viviente, capaz de manifestar al Dios creador y salvador”(AL11). La Casa de la Familia sabe muy bien que la familia es un bien del cual la sociedad no puede prescindir, pero necesita ser protegida y por ello hace todo lo posible por defender todos sus derechos y quiere hacerse

presente como si fuera una llamada profética, en favor de la institución familiar buscando darla a conocer y promoviendo su respeto y su defensa de todo tipo de agresión.

Nuestro proyecto de fondo es, hacer todo lo que esté a nuestro alcance por dar fuerza a la familia, sabiendo que la fuerza de la misma "reside esencialmente en su capacidad de amar y saber amar". Muchas gracias a quienes habéis participado en este concurso.

Con mi bendición para la Casa de la Familia de la que me siento parte y a todas las familias:

+Carlos Card. Osoro
Arzobispo de Madrid

PRIMER PREMIO

LA CONSECUENCIA DE LEER TANTO A KAFKA

Luis González Córdoba

Barbaciano nació un treinta y uno de diciembre en un pueblecito ribereño, rodeado de viñedos. Sus padres, fieles al santoral, descartaron Silvestre por ser nombre muy extendido. Les llamó la atención que el resto de los santos del último día del año tuviesen todos la misma terminación: Sabiniano, Potenciano, Fabiano, Ponciano, Barbaciano... así, que se fijaron en el inicio de los nombres para elegir el de su hijo. Fue el padre el que dijo:

- Este retoño será un hombre de pelo en pecho y luenga y cerrada barba, le llamaremos Barbaciano.

Zacarías y Sagrario, bautizaron el cinco de enero a su hijo con el nombre de Barbaciano. Creció el niño sano y fuerte, y se dedicó cuando tuvo edad, como sus padres y abuelos a las tareas del campo. Sin embargo, no era como el resto de los labriegos, tenía una curiosidad desmesurada por todo lo que le rodeaba. No se conformaba con saber que los árboles perdían la hoja en el otoño y la recuperaban en primavera, que los malos años traían plagas porque las mandaba Dios y que las viñas tenían que ser las que eran porque así fue siempre. Cuando iba a la ciudad, se volvía con un montón de libros bajo el brazo. Siendo todavía un niño, ya lo dijo don Nicolás, el maestro: “este rapaz sirve para los libros”. Pero Zacarías no veía con buenos ojos eso de mandar al chico fuera de casa para que le llenasen la cabeza de pájaros.

Barbaciano no se conformaba con

saber trabajar la tierra como el resto de los vecinos y en cuanto tuvo unos pocos ahorros los gastó en comprar cepas que no se conocían en el pueblo. Eso de que las viñas tenían que ser las que eran porque siempre fue así, no lo compartía.

Zacarías pensó que su hijo se había vuelto loco, pues en la comarca todo el mundo plantaba Tempranillo y él, se presentaba ahora con una uva que por tener, tenía extraño hasta el nombre: Cabernet Sauvignon. Decía Barbaciano que aquella uva iba a darle al vino un toque a grosellas y cedro y que eso, unido al cuerpo y la finura de la Tempranillo darían como resultado un vino excelente. Sagrario no entendía de vino, para ella, todos eran iguales. Calentaban la cabeza a los hombres y les llevaban a decir tonterías, cuando no a hacerlas. Pero ahora, era distinto, era su hijo el que lo decía y ella tenía una fe ciega en el muchacho.

- El chico sabe, Zacarías, déjale.

Barbaciano consiguió un vino diferente. A los del pueblo no les hizo mucha gracia, ellos estaban acostumbrados al suyo, pero lejos de desanimarse siguió experimentando y estudiando en sus libros. Se relacionaba poco con los muchachos del pueblo, pues cuando no estaba trabajando, estaba leyendo. Aún así, tuvo tiempo para buscarse una novia y casarse. Angustias, que así se llamaba su mujer, le dio un hijo al que pusieron por nombre Zacarías, como su abuelo.

En cuanto tuvo unos años, Barbaciano comenzó a llevar al muchacho al campo para que le cogiese “el gusanillo”, pero Zacarías prefería jugar con los otros niños, más que acompañar a su padre al campo.

- Todavía es chico, Barbaciano, tiempo habrá -decía Angustias.

- Estas cosas –sentenciaba el padre, ladeando la cabeza a derecha e izquierda-, gustan o no gustan.

Zacarías sí fue a estudiar a la ciudad cuando tuvo edad, pero al contrario que su padre, eran muy pocas las cosas por las que sentía algún interés y fue así que malgastó el tiempo y el dinero para volverse al pueblo sin tener ningún conocimiento que no tuviesen el resto de los jóvenes que trabajaban las tierras. Barbaciano se resignó a tener un hijo que se negaba a aprender en los libros y en la observación de la naturaleza y solo, como siempre, siguió experimentando y procurando hacer de sus viñedos los mejores de la comarca.

Zacarías ayudaba a su padre y lo hacía a conciencia, tenía fuertes brazos y anchas espaldas, pero poca cabeza.

El paso de los años fue haciendo mella en el cuerpo de Barbaciano y aunque seguía trabajando se daba cuenta de que ya nada era igual que antes. El tiempo le cundía menos y había días que acababa agotado. Sin embargo, la merma de facultades físicas no había influido

en su ilusión por las cosas. Andaba metido el hombre en un nuevo vino, estaba buscando un maridaje de uvas que diesen como resultado un caldo aromático y con nervio. En otro tiempo hubiese experimentado sin consultar con nadie, pero ahora que su hijo ya estaba en edad casadera también tenía opinión, en detrimento de la suya, que cada día que pasaba era menor.

- He pensado que la Tempranillo con la Graciano y la Garnacha, nos podrían dar un vino que para sí lo quisieran los demás.

- Mire, padre–dijo Zacarías-, usted sabe. Si cree que ese vino va a ser mejor, hágalo.

El viejo sonreía agradecido, después de todo, su hijo era un buen hombre al que no le gustaban las complicaciones como a él. A fin de cuentas, tal vez fuese mejor estar en armonía con el mundo que a uno le había tocado vivir, a ser un eterno insatisfecho que creía que todo debía mejorarse.

Un buen día, Zacarías se casó con Remedios, su novia de siempre, y en menos de un año, Barbaciano se convirtió en abuelo. Dos años después, ya era abuelo por partida doble y comprendió que su sitio comenzaba a estar más en casa que en las tierras. Sus nietos, Cosme e Inés, eran ahora su vida. Les llevaba al campo para que viesen las plantas y los árboles, para enseñarles a distinguir los chopos de los álamos, para conocer los avellanos y los

guindales... Pero a Cosme pronto empezaron a aburrirle las lecciones del abuelo, no así, a Inés. A la niña le gustaba aprender, como le gustó siempre a su abuelo.

Inés y Barbaciano se iban cogidos de la mano al campo y luego, una vez en casa, la niña anotaba en un cuaderno todo aquello que le había explicado su abuelo. De esta manera, supo desde muy temprana edad, que los chopos y los álamos estaban a la orilla de los ríos, no por capricho de los hombres, sino porque necesitaban suelos húmedos, y que la hoja del chopo tenía forma triangular y no así la del álamo, cuyo envés presentaba un color blanquecino, que como decía su abuelo, se hacía de plata cuando sobre ella daba el sol.

Los años pasaron rápido y Cosme se vio en el campo ayudando a su padre, mientras Inés se iba a la ciudad a estudiar. Barbaciano fue el que más sintió su ausencia. Se pasaba las horas muertas en el pequeño huerto que tenían en la parte trasera de la casa. Allí, cuidaba sus árboles y quitaba las malas hierbas que tozudas se empeñaban en crecer junto al ciruelo y el manzano, a la sombra del guindal y de los perales, bajo la frondosidad del nogal y al amparo de los geranios.

Inés le escribía casi todas las semanas y le ponía al corriente de cuanto iba aprendiendo. El abuelo pronto comprendió que la niña se había hecho una moza y que ahora era ella la que le daba lecciones a él. Un buen día, le envió un libro

de poesía: *Campos de Castilla*, de Antonio Machado.

Barbaciano sonrió ensimismado con el libro entre las manos y pensó que su nieta le sobrevaloraba. Una cosa era leer sobre el campo y las cosechas, los árboles y los cultivos y otra muy distinta atreverse a leer poesías. Un poco temeroso abrió el libro y leyó: *Estos chopos del río, que acompañan/ con el sonido de sus hojas secas/ el son del agua, cuando el viento sopla,...*

Y más adelante: *álamos del amor cerca del agua/ que corre y pasa y sueña,...*

Entonces, Barbaciano ya no se detuvo y se leyó el libro de un tirón. Tenía que ser buen hombre el poeta para amar de aquella manera a los árboles sin ser labrador, pensó el abuelo de Inés.

La muchacha siguió escribiendo a su abuelo y enviándole libros de vez en cuando. Ahora que el campo ya le quedaba lejos, dedicó todo su tiempo a la lectura. A unas lecturas, que de no ser por su nieta, él nunca hubiese accedido. Luego, cuando Inés acabó el bachillerato, empezó estudios de filología hispánica y llenó la casa de libros.

Zacarías no entendía ni a su padre, ni a su hija, pero era feliz viéndolos tan unidos. A Barbaciano se le encendía la mirada leyendo a Machado y a Lope de Vega y hasta se reía como un niño, con algunos sonetos de Quevedo. Sin embargo, había autores

que se le atragantaban, escritores a los que, como él decía, había llegado demasiado tarde.

- Mira Inés, no te empeñes, ese Franz Kafka, o como quiera que se llame, me viene grande. Léelo tú, si quieres, pero a mí, no me tortures...yo ya no entiendo eso.

Su nieta sentía veneración por el escritor checo, tal era su devoción por él, que había planeado un viaje a Praga para recorrer las mismas calles, para pisar el mismo suelo que cien años atrás pisase el escritor.
Su abuelo sonreía oyéndola decir esas cosas y la animaba a realizar sus sueños, pero también le advertía:

- Mira, que entre la lucidez y la locura sólo hay un paso, cuídate de no darlo.

La muchacha sonreía y besaba la despejada frente de su abuelo. Éste, se dejaba querer y cuando la muchacha se iba a la ciudad se refugiaba en los libros. Aparte de poesía y novela, su nieta le había traído un puñado de libros sobre cepas y vinos. Al principio, al viejo le sorprendió que su nieta se interesase tanto por los procesos de elaboración del vino y pensó que sus lecciones, cuando Inés era una niña, no habían caído en saco roto. Estaba en lo cierto. Un buen día, su nieta le confesó que casi tanto como la poesía, le fascinaban los buenos vinos. Tal era su curiosidad, que había comenzado a estudiar enología para descifrar todos los misterios que encierran las uvas.

Tenía gracia, Inés, la chiquilla que

no tantos años atrás anotaba en su cuaderno todo lo que él decía, sabía de cepas, fermentaciones y envejecimientos, más que todos los hombres del pueblo juntos. Aquel, era un secreto de verdad, pues al hijo de Barbaciano no le hubiese hecho ninguna gracia ver a su hija en las bodegas hablando de tú a tú con todos los hombres y dándoles lecciones sobre la acidez y el grado alcohólico del vino.

Barbaciano sonreía en su soledad, imaginándose a su nieta rodeada de labriegos ignorantes e incrédulos, que ante las explicaciones didácticas de la muchacha, se limitarían a rascarse el cogote sin dar ningún crédito a sus palabras. Entonces, una vez más, los versos de Machado volvían a su memoria:

Abunda el hombre malo del campo y de la aldea

...y un rictus de tristeza se dibujaba en su rostro.

Un día gris de invierno, Inés recibió una carta de su abuelo:

Querida Inés:

Me falta el aire, noto cómo día a día me voy apagando... ya me queda muy poco, he llegado al final de este viaje, o tal vez, sea ahora cuando comience el viaje de verdad, un viaje a un mundo de paz infinita y de silencio, donde todo sea más claro y más armónico, un mundo como el de un poema de esos que tú me enseñaste, creo recordar que de Fray Luis de León, que decía:

"¡Que descansada vida/ la del que huye del mundanal ruido ,/ y sigue la escondida/ senda por donde han ido/ los pocos sabios que en el mundo han sido!"

Me faltan las fuerzas hasta para escribirte estas letras. Ayer, me despedí de los árboles del jardín, toqué sus ramas, me abracé a sus troncos y les dije lo mismo que te digo ahora a ti: deja que el sol ilumine tus días y sueña bajo el resplandor de las estrellas.

No se lo he dicho a nadie más, nosotros siempre hemos tenido muchos secretos y quiero que éste sea el último.
Deseo Inés, abrazarte a ti también antes de irme para siempre. Si puedes, ven el fin de semana.

Un abrazo muy fuerte. Barbaciano

Cuando Inés leyó la carta sintió una punzada fría y dolorosa en el pecho. Nunca antes, su abuelo le había dicho que hablaba con los árboles, sin embargo, lo sabía. Tal vez, porque también ella acariciaba aquellos troncos para tomarles el pulso y contagiarse de su energía.

Aquel mismo día, al anochecer, llegó a casa. Sus padres se sorprendieron de verla allí no siendo fin de semana. Inés dijo que había huelga de estudiantes y que en casa aprovecharía mejor el tiempo para estudiar. Miró a su abuelo que dormitaba en la mecedora y le cogió una mano. Este abrió los ojos y sonrió. Con las pocas fuerzas que le quedaban apretó la mano suave y joven de su nieta y pensó que ahora

ya nada le retenía en este mundo y que podía emprender ese viaje a un lugar de paz infinita y de silencio. Inés palpó la mano nervuda y sarmentosa de su abuelo y sintió la prolongación de los árboles del huerto en el cuerpo cansado y vencido del anciano.

La madre de Inés ayudó a Barbaciano a acostarse como lo hacía todas las noches, después volvió al comedor donde estaban su marido y su hija y dijo:

- He visto al abuelo más cansado, pero parecía feliz, el pobre.
A la mañana siguiente, ya no se despertó.

Inés siguió estudiando y casi sin darse cuenta se vio impartiendo clases de literatura en un instituto. Su abuelo seguía presente en su memoria. Ahora, si cabe, más que nunca.

Aunque el tiempo pasaba veloz, ella no perdía de vista sus referentes. Aquel labrador le había enseñado a amar las cosas que de verdad merecían la pena en esta vida. Un hombre sabio que la había escuchado con respeto, cosa que los desalmados de sus alumnos no hacían jamás.

La ignorancia es bulliciosa e irrespetuosa –pensaba Inés- y disfruta manifestándose en grupo. Estos pensamientos la sumían en una honda tristeza. Haber dedicado tanto esfuerzo para ahora malgastarlo con unos cerriles a los que no les importaba lo más mínimo San Juan de la Cruz y Garcilaso de la Vega, que tenían

menos sensibilidad que un capador de puercos y que no podían evitar una risa tontuna cuando tenían que recitar a Bécquer, le habían llevado a plantearse abandonar aquel trabajo absurdo y denigrante. A pesar de ello, apenas hacía comentarios de su vida laboral cuando iba a visitar a sus padres. Sin embargo, ellos se habían percatado de que su hija no era feliz en su profesión.

- Le metimos muchos pájaros en la cabeza y ahora no puede soltarlos. Su hermano tiene en el pueblo, lo que ella no ha encontrado en la ciudad – decía Zacarías.

Estaban preocupados por su hija, pues desde la muerte de su abuelo, se había vuelto solitaria y taciturna y apenas hablaba. Además, ellos eran gente de pocos recursos verbales y no sabían qué decirle para tratar de aliviar su tristeza.

Por eso, Inés, aun sabiendo que sus padres eran lo más importante en su vida, comenzó a espaciar sus visitas, pues se había percatado de la angustia que les embargaba por culpa de su melancólico estado. Incluso en Navidades pasó sólo dos días con ellos, ya que decidió buscar las fuerzas que le faltaban para seguir viviendo, lejos de casa. Se disponía a realizar el viaje de sus sueños: Praga. Había leído a Johannes Urdizil que *"Kafka era Praga y Praga era Kafka"*, y creyó que había llegado el momento de comprobarlo. Cuando arribó a la ciudad checa, le impresionó su cielo, aquel color mágico que adquiría al atardecer y en el que se recortaban

sus cúpulas majestuosas. También sobrecogió su espíritu el sonido de las campanas y la grandeza de sus puentes sobre el Moldava.

Recorrió todas sus calles, no dejó un solo recoveco de la ciudad vieja por descubrir. Allí, respiró el sosiego que tanto tiempo llevaba buscando y se sintió reconfortada. El segundo día se fue hasta el convento de Strahov, para visitar su biblioteca. Le impresionaron aquellas salas, cuyos techos se abrían al infinito en la belleza desmedida de sus frescos, pero lo que de verdad caló en lo más hondo de su alma fue el olor que despedían aquellos libros antiquísimos, que descansaban sobre unas vetustas y nobles librerías en el silencio sobrecogedor del convento. Aunque había viajado muy poco, sabía que estaba en una de las ciudades más bellas del mundo. Comprendió que la belleza y la tristeza no estaban reñidas y que a menudo avanzaban cogidas de la mano. Pensó entonces en Kafka, en aquel hombre desgraciado que había vivido en un lugar bello como pocos, pero al que, sin embargo, se le había resistido la sonrisa con una contumacia enfermiza. El tercero, o tal vez el cuarto día de su estancia en la ciudad, se sentó en un velador del café Savoy y allí creyó encontrar al escritor en un hombrecillo que leía el periódico junto a uno de los ventanales del café.

No podía decir que era feliz, pero sí que una inmensa paz interior la embargaba. Cogió una servilleta de papel y escribió: “Abuelo, esta ciudad

te hubiese encantado, aunque Kafka te viniese grande".

El último día compró un ramo de flores blancas y se fue al cementerio judío de Olsany, donde está enterrado Kafka, y a los pies de su tumba lo depositó. Permaneció un buen rato junto al pequeño monolito fúnebre y antes de girarse para abandonar el lugar pensó una vez más en Barbaciano. "Estas flores también son para ti, abuelo. A fin de cuentas, fuisteis dos grandes hombres, con una sensibilidad fuera de lo común. Nunca he aprendido tanto de nadie, como de vosotros dos."

Cuando regresó de su viaje, cayó en la cuenta de que había vivido un sueño y que la monotonía gris en la que la sumían sus anodinas clases de literatura, le devolvían a la dura realidad. Aquel primer día de trabajo tras las vacaciones, le pesaba, si cabe, aún más que los anteriores, pero no había más remedio que afrontarlo con valentía y, por supuesto, resignación. Desayunó en el mismo café de todos los días y como hacía siempre, ojeó de manera rápida el periódico. Luego, se fue al instituto a batallar con aquellos zangolotinos a los que la vida les había privado de satisfacciones tales como admirar un paisaje, oler la tierra mojada tras la lluvia, sentir el frescor del rocío sobre la hierba, o escuchar el rumor de un arroyo. Sus sentidos también estaban atrofiados, así que cuando Inés les explicó que el tiempo no espera a ningún hombre, pero que el verdadero amor espera eternamente, no se inmutaron. Evidentemente, no

entendían una sola palabra de cuanto quería decirles.

Aquella misma tarde decidió abandonar la ciudad y volver al lado de sus padres. Allí sería de más utilidad y su vida recobraría el sentido que ella siempre había deseado que tuviese. Cuando llegó, sin previo aviso, sorprendió a todos, pero mayor fue la sorpresa cuando les explicó que volvía para quedarse definitivamente.

Tanto Zacarías como Remedios tuvieron sentimientos contradictorios. Por un lado se alegraban de tener de nuevo a su hija en casa, sin embargo, no entendían qué podía retenerla ahora en el pueblo. Inés, por suerte o por desgracia, era hija de la ciudad, de los libros, de los museos, de cosas que allí escaseaban, o sencillamente no existían. Su decisión no era fruto de la improvisación. Había luchado y sufrido mucho para dar aquel paso. Sumida en un mar de dudas, halló la comprensión de Manuel, compañero de departamento, gran lector y mejor amigo, que había consumido su vida tratando de inculcar en sus alumnos el gusto por la poesía.

El día que se despidieron, Manuel abrazó a Inés y tuvo que romper el silencio en el que ambos habían quedado atrapados, diciéndole a su buena amiga que ya no montarían aquella tienda que entre bromas y risas habían inventado en un juego de palabras. Un negocio en el que venderían vino y libros y al que llamarían: “Vino a leer“.

Inés se volvía con sus padres con la convicción de que encontraría en el campo, entre los árboles y las flores, en los viñedos y en la huerta, la armonía que la ciudad le había negado. Por el contrario, Manuel esperaba que los cinco años que le quedaban para jubilarse, pasasen rápidos para poder dedicar todo su tiempo a la lectura y a escribir poesía. Las primeras semanas en el pueblo, la hija de Zacarías no hallaba su sitio y en más de una ocasión se preguntó si no había sido errónea su decisión. Una noche, al calor de la chimenea, les confesó a sus padres sus verdaderas intenciones. No se había vuelto al pueblo para convertirse en una mujer de su casa, a la espera de un hombre que la quisiera por esposa. Había vuelto para levantar la empresa con la que siempre soñó su abuelo. Iba, nada menos, que a fundar una bodega. Tanto Zacarías como Remedios estaban desconcertados ante lo que escuchaban de labios de su hija, e Inés tuvo que empezar por el principio. Les contó cómo había aprovechado el tiempo para compaginar sus estudios de filología y enología, porque los viñedos eran los que de verdad le quitaban el sueño y a los que ahora, quería dedicar su vida.

Así que, de la noche a la mañana, toda la familia se vio envuelta en una vorágine de trabajo e ilusión para ver realizado el sueño del abuelo. Arreglaron cepas, cambiaron las viejas por otras jóvenes, introdujeron nuevas variedades de uva y levantaron un sobrio y bello edificio de ladrillo y piedra junto a la vieja

bodega.

Sin embargo, aquella unión en el trabajo de toda la familia no había disipado la preocupación de sus padres, que seguían viendo en la muchacha un ser solitario que consumía su tiempo en las viñas, en la lectura y en largos paseos por el campo, sin otra compañía que algún libro bajo el brazo. A Remedios le hubiese gustado que su hija se arreglase los sábados por la tarde y saliese con otras muchachas o con algún joven del pueblo con vistas a formar, en un futuro, una familia. A su marido no le gustaba mucho hablar del tema y sufría en silencio la soledad de su hija. Una soledad que ella había elegido y en la que no parecía encontrarse a disgusto, pero que él no comprendía. Algunas noches el matrimonio hablaba de Inés en la intimidad de la alcoba.

- Esto, no es ni más ni menos, que la consecuencia de leer tanto a ese dichoso Kafka o como quiera que se llame.

- Otra cosa será, Zacarías. Además, a ella, no se la ve triste. Es distinta de nosotros, nada más.

Si los padres de Inés hubiesen leído a Machado, como lo hacía el abuelo, tal vez hubiesen entendido un poco más a su hija. Pero ellos tenían un lenguaje en exceso llano, donde predominaban los monosílabos. En las frases largas se perdían y los juegos de palabras les aturdían, por eso, de nada les hubiese servido hallar los versos de Machado que

encerraban el misterio de la vida de Inés:

Entre el vivir y el soñar/ hay una tercera cosa. / Adivínala .

Las cabezas de Remedios y de Zacarías no estaban hechas para las adivinanzas. A ellos les gustaba la vida sin sobresaltos, ni sorpresas. A un día, le seguía otro día igual y esa sucesión de días y de noches todas idénticas conformaban su existencia. Muchas tardes, Inés se iba paseando hasta el cementerio para depositar un ramillete de flores silvestres sobre la tumba de su abuelo y le comentaba cómo iban los avances en la elaboración del vino. Ella no soportaba el silencio de Barbaciano. Estaba cansada de sus soliloquios y le pedía cada vez con más fuerza e insistencia que diese una señal, por pequeña que esta fuera, desde ese mundo de paz infinita y de silencio en el que de seguro se hallaba. Sabía que no les había relegado al olvido, ya que en vida, había convertido unos versos de Boscán en su máxima y le gustaba repetirlos con frecuencia:

Quien dice que la ausencia causa/ olvido, merece ser de todos olvidado.

Por lo tanto, no podía dejarlos solos, tenía que dar una pequeña muestra, por insignificante que fuese. En estas estaba Inés cuando por fin tuvo la primera botella de la cosecha. La besó y leyó ensimismada la etiqueta: “Herencia de Barbaciano”.
Al clarear el alba, se fue a los viñedos con la botella en la mano. Allí, sintió una emoción inmensa. El

rocío resbalaba por las encendidas pámpanas, descendía por los tiernos zarcillos y discurría sereno hasta la base sarmentosa de la vid. Ella, se agachó y acarició la planta, entonces sintió la misma sensación de paz y sosiego que cuando acariciaba las manos cansadas de su abuelo.

- Por fin, viejo testarudo –dijo Inés-, has venido a la viña a brindar con tu nieta. Yo también estoy llorando, ¿ves?, pero soy feliz.

SEGUNDO PREMIO

ESA BELLEZA DE FAMILIA POBRE

Miguel Sánchez Robles

TALLER DE POESÍA DEL INSTITUTO
EJERCICIO Nº 7: EXPLICAR LA BELLEZA

Yo siempre he pensado que la belleza existe porque duele la vida y el mundo es muy pequeño y feo en realidad, pero no sé muy bien en qué consiste. Es posible que a los *hijos de papá* que tenían arpa en casa y criadas con guantes de algodón que les ponían la mesa y la cubertería y hasta el pavo trinchado con su correspondiente guarnición y cubierto adecuado, alguien les explicase alguna vez qué es la hermosura, la gracia o la belleza, pero a mí nunca me explicaron eso, ni en las clases de Plástica, ni en los libros de texto, ni en los talleres del instituto o del ayuntamiento, sí, esos talleres que a veces hacen para los pobres los de servicios sociales que vienen de la capital a redimirnos de algo. Ni tan siquiera sé si la belleza está sólo en las estatuas, en los ojos de las mujeres guapas, en la iglesias por dentro o en el minusválido que mastica chicle todos los días en la puerta del Mercadona de enfrente de mi casa, o si es como Dios que está en todas partes y no se deja ver por los incrédulos. Una vez leí que la belleza es verdad sólo si aflige o duele en lo más íntimo y, desde entonces, para mí sólo son bellas las cosas que son tristes y me afligen muchísimo. Desde entonces pienso eso de que la belleza existe porque duele estar vivo o algo así. Por ejemplo, mi familia me duele, mi familia es triste, mi familia es bella. En casa todos somos muy callados y nos dolemos unos a otros. Tenemos la tristeza o la belleza de esa gente obrera y pobre que se esfuerza por parecer un poco más rica o que aún no está hundida del todo. Desde que

comenzó la crisis y mi padre se quedó sin trabajo, muchas veces me pregunto por qué somos tan tristes la realidad, algunas familias y el propio pensamiento o algo así. Mi madre tiene que ir todos los años dos veces a pincharse las varices a Montpellier porque eso ya no lo cubre el Seguro. A mi abuelo, el médico le manda pastillas para que le interese la vida y se gasta en ellas nueve euros al mes. Mi padre es diabético y está siempre cuidándose las guías del bigote en el cuarto de baño o diciendo que en España sólo hay trabajo para limpiar escaleras o cuidar a viejos con pensión. Mi hermana mayor no tiene novio ni trabajo y se ha comprado un rizador de pestañas barato y está también siempre en el otro cuarto baño. Y yo soy un muchacho raro y melancólico que casi no se acuerda ya de las últimas palabras del "Yo pecador" y sueña por las noches con el cuerpo en bikini de Halle Berry. Mi tristeza o mi belleza, o llamémosle equis, es como la de un niño que se ha salido de misa para tirarle piedras a las palomas, incluso como la de darse un trago de amoniaco para llamar la atención en el crepúsculo. No me gustan las películas, me gusta la vida real de los que están vivos, pero no las películas, ni las series, ni los telefilms. Me gustan los sitios grandes, los aeropuertos, las cordilleras, las mesetas, las huertas, respirar el oxígeno frío de las noches de escarcha cuando no hay polen en la atmósfera y no pueda darme asma. No me gusta nada ir al instituto, no me gustan nada los profesores porque la mayoría de ellos tienen el récord *guines* de la vaciedad al

hablar, no me gusta la televisión, no me gusta que siempre estén como queriendo darnos un poco más de educación perfecta y ni tan siquiera me gusta jugar con los del barrio a hacer la coreografía de “Matrix” con una chaqueta de cuero negro como la de Neo. Mi abuelo Manuel, que es el prototipo de los abuelos canguro, siempre me llevaba, cuando yo era más crío, al cine, a las heladerías, a los museos y a misa. Y algunas veces yo me salía de esos sitios para tirarle piedras a las palomas o comerme una bolsa de pipas sentado en el suelo de la acera. El suelo de la acera, eso me gusta mucho: sentarme en el suelo de la calle, cogerme las rodillas con los brazos y mirar desde abajo a la gente que pasa o a las nubes que hay quietas en el cielo. Y todo eso yo pienso que es belleza: las guías del bigote de mi padre, sentarse en el suelo, tirarle piedras a las palomas, el trago de amoniaco... Al principio, también cuando era más niño, las cosas que me sucedían eran simples y esquemáticas como las parábolas de un libro de parábolas que me compró mi tía para la Primera Comunión, pero después se fueron complicando, se fueron haciendo más enrevesadas y bellas, fueron doliendo más. Yo creo que los ancianos están tan cansados y se mueven tan lentos, no porque les falle el páncreas o las articulaciones, sino porque les ha embriagado mucho la belleza y porque les duele horrores saber que no hay más que una vida y es perfecta. Cuando eres niño, no quieres saber nada del dolor o la belleza, pero después, cuando ya eres más hombre o lo que sea y

has dejado de creer en el niño Jesús de Praga y en los Reyes Magos, e incluso han dejado de gustarte esas cosas bienintencionadas que todo el mundo se dice en Navidad, la vida siempre se vuelve bastante más cabrona, te sientes solo y raro, buscas algo que perdiste de pequeño y no sabes bien lo que es y te sientes como un anuncio que recorté una vez de una revista juvenil: "Varón gay negro busca un alma gemela y le gustan los días lluviosos y el cine". Te sientes como ese varón gay negro que yo imagino triste y aburrido y las cosas que suceden a tu alrededor no hacen más que recordarte que aún no sabes lo que hacer con tu vida, que no sirves, que no te gusta estudiar, que tienes que echarte espray con el pulverizador *atomium* cuando te da el apuro del asma y se te hinchan los dedos y los tobillos, que eres un animal gregario y que el futuro que te espera es el de trabajar en una empresa en la que te dirijan y realizar tareas sencillas sin responsabilidad. A veces piensas entonces que el Universo es un error y que hay en la Tierra demasiados hombres metódicos, ordenados y cobardes, como mi vecino Santos Gutiérrez que estudió Filosofía y Letras y trabaja de ayudante del churrero. Tanto estudiar para trabajar sirviendo chocolate con churros enfrente del ambulatorio del Seguro, tanto creer en la libertad y en el Gótico y en esos apuntes que nos dictan los profesores de Lengua sobre Alvargónzalez o don Juan Manuel, para tener que hacerle vales falsos de comida a los visitadores médicos que le llaman "nene" y sólo

se toman un café que les cuesta medio euro. Cuando veo algo así pienso que la belleza es secundaria y que la gente está tan equivocada con la Verdad que acepta palabras engañosas para sobrevivir que a mí me cabrean mucho. Mi madre, por ejemplo, cree que el mundo es perfecto. Mi madre reza por las noches, sueña con que yo sea aún arquitecto, aunque ya no se construyan pisos, y también cree en la importancia, la importancia de todo, ¡la importancia! Primera palabra que me cabrea, no me duele: me cabrea, primera palabra sin belleza: importancia. Mi madre cree que todo lo que sale por la televisión es importante y que la gente que tiene mucho dinero es importante y que lo que dicen los diputados es importante y que los americanos y los presidentes del gobierno son importantes y, para mí, los americanos son unos birriosos catetos de mierda con dinero y los jóvenes españoles nos queremos parecer a ellos y somos igual de gilipollas, pero sin dinero. Segunda palabra que me cabrea, segunda palabra sin belleza: dinero, ¡siempre dinero! Dinero para comprarse cosas, dinero para esto, dinero para lo otro, dinero para ser feliz, dinero para pagar impuestos, dinero para ir a la peluquería, dinero para la droga, dinero para ir al cine, dinero para unos pantalones vaqueros que te gustan mucho y no te los puedes comprar, dinero para las máquinas tragaperras... Los padres quieren que sus hijos estudien y saquen buenas notas para ser importantes y ganar mucho dinero. Por eso nos mandan al instituto y allí, los

profesores, nos explican los conjuntos haciendo círculos con el dedo al hablar y nosotros subrayamos el pasado en los libros de texto, subrayamos la importancia de las revoluciones liberales burguesas y de la Guerra Civil, siempre estamos como subrayando la importancia de algo, nos enseñan qué es un cilindro circunscrito a una esfera, hacemos ecuaciones de primer grado y de segundo grado y de tercer grado, hacemos muchos diagramas de barras, subrayamos cosas que se parecen a: *el peso pesa y la luz son los enchufes*, dibujamos las mitocondrias que son como salchichas pequeñitas, aprendemos que la pulpa del tomate ni es sólida ni es líquida y que las esponjas no son sólo esponjas de baño y que existen las rocas plutónicas y que las acumulaciones de arena dan lugar a los erg, vaya palabra: ¡los erg!, y que el ensayo es un género literario muy importante y que la uretra es la salida de la vagina y a veces nos equivocamos y nos creemos que el cobre es un ser vivo y que, si tiramos un dado para arriba, hay alguna posibilidad de que salga cero y que un octosílabo es un aparato que sirve para medir glucosa y que el hipérbaton es un lugar de Barcelona... Acudimos al instituto con siete kilos de libros y libretas a cuestas para aprender todas esa cosas que hay que aprender para ganar mucho dinero y ser importante en la vida y los profesores nos hablan como si fuésemos un retablo de títeres y nosotros estamos a lo mejor pensando en si la canción “Depende” es de Ketama o de Jarabe de Palo y todo

eso me deja en el alma algo muy parecido a la belleza. Luego salgo y, cuando llego a casa, mi madre, que tiene el turno de la tarde y todavía no se ha ido a embalar gorras a la fábrica de gorras de la que la quieren echar, ha puesto ya la mesa, hay macarrones y comemos ella, mi abuelo, mi padre, mi hermana y yo, y entonces, como están muy callados y casi no tienen nada de qué hablar, me pongo a contar que el Cristian tiene el síndrome de las piernas nerviosas y las mueve como un loco en mi pupitre de al lado, y ellos dicen: ¿Ah, sí? Tercera palabra sin belleza: *¿ah, sí?* La gente dice *¿ah, sí?* de una manera tan estúpida, tan mansa. La gente dice mucho *¿ah, sí?* como escupiendo encima de la orina después de haber meado. La gente hace todo lo que se espera de ella ¡Dios, cómo aplaude la gente en esos programas estúpidos y falsos de la televisión! La gente es triste y bella porque se va muriendo poco a poco como caminando contra el ruido de unas hélices que no ve ni oye y no se cansa de aplaudir cosas preparadas en la televisión o en lo que sea. La gente es triste y bella porque se conforma y se entretiene escuchando y bailando canciones que dicen: *"Vístete de putita, corazón vuélveme loco"*. La gente tan casi viva, tan casi muerta, tan educada en la *paternidad dialéctica del bien*, como canta mi conjunto favorito de rock duro "Saratoga". La gente condenada a ser engullida por el gran sumidero y diciendo *¿ah, sí?, ¿ah, sí?,* nada más que *¿ah, sí?* La gente haciéndole siempre caso a la publicidad. Cuarta palabra que me cabrea, cuarta palabra sin belleza:

publicidad. Publicidad es una palabra de mierda que quiere decir: *te comemos el tarro, hacemos lo que queremos contigo*. La publicidad nos toma por subnormales y funciona. Es como si nos estuviera vaciando tipo Alzheimer. Al Estado o quien sea le deben gustar mucho los imbéciles porque no se cansa de hacerlos y con ellos funciona de maravilla la publicidad. A mí me da asco la publicidad porque es como si a los videntes nos metieran invidencia con ella. Me compraría una máquina de esas que utilizan en los supermercados para pegar las etiquetas de precios a los productos y saldría a la calle con ese artefacto en la mano para poner encima de todos los carteles publicitarios: asco, asco, asco, no belleza, no belleza, no belleza. Algún día lo haré. Pero en vez de hacer eso, hago lo que hace todo el mundo: me resigno, me amoldo a lo que me tengo que amoldar y entonces me estoy solo en casa por la tarde con mi abuelo. Mi abuelo, que se parece a un ciego limpiando una flauta con un pañuelo deshilachado. Mi abuelo, que tose como si tuviera mucho escorbuto o yo qué sé. Mi abuelo, que vino ayer a casa contento de acudir a un pequeño chequeo auditivo gratis del ayuntamiento. Mi abuelo, que un día lloró y dijo que quería ir esta Semana Santa al pueblo donde nació para ver a la Virgen de las Angustias con su manto de terciopelo azul marino, pero mi madre no puede llevarlo este año porque tiene que ir a pincharse las varices a Montpellier o porque no puede faltar ni siquiera un Jueves Santo al trabajo. Mi abuelo, que lo quiero tanto y es

también tan triste, tan lleno de belleza que duele de verdad. Lo quiero con ese amor que he sentido siempre por los juguetes rotos y también por los que llevan batas de industrias cárnicas o trabajan en una fábrica de gorras como mi madre. Mi abuelo, que los domingos por la mañana, como ya casi no puede salir porque siempre está resfriado, ve misas por la televisión y yo me siento un poco a su lado y veo un trozo de esas misas por la 2 y me pregunto cuántos años y cuántos siglos llevan ahí haciendo lo mismo los curas, y siento pena por los curas y por mi abuelo y por mi madre que está lavando los domingos por la mañana, a esa misma hora en la que dan las misas y yo siento esa pena, los calzoncillos sucios de todos los varones de la casa, y por mi padre que tiene la piel de la cara vieja y muy arrugada y se tiene que inyectar insulina para su diabetes, y por mí, que no me han enseñado nunca dónde está la belleza y no tengo piano en casa como los hijos de los ricos y me aburro en clase y dibujo maneras de estar calvo, mientras el profesor dicta apuntes que a lo mejor no me van a servir nunca para nada porque puede ser que llevé razón mi padre y en España no vuelva a haber en mucho tiempo trabajo más que de limpiar escaleras y cuidar a viejos con pensión, y por todo eso me apunté a este taller de poesía, tratando de entender bien dónde está de verdad la belleza, esa belleza que puede todavía salvarnos de algo a los pobres, la belleza de escribir bien una carta a mano y meterla en un sobre de cerrar con saliva, o la belleza de admirar muy despacio

una Venus de Milo sin manos en un museo gratuito o ese cuadro de Velázquez pintándose pintar, la belleza triste de las cosas que duelen y tenemos que amar, la belleza de los versos que dicen: “No hay más que una vida, por lo tanto es perfecta” o “volverán las oscuras golondrinas”, la belleza de lo que la primavera les hace a los cerezos... Toda esa belleza que yo no sé explicar de otra forma porque tampoco nunca me explicó nadie en qué consiste o puede radicar. A veces, cuando estoy más triste de lo normal, me defiendo de todas las cosas que me duelen acostándome muy adentro en la cama. La cama es mi guarida de pensar la belleza. Me quedó allí quieto y lleno de tristeza o de felicidad. Bajo la persiana, apago todas las luces y pongo muy alta la música de Dover. Así, hasta que pasan dos o tres horas y está anocheciendo y mi abuelo, en mi casa, sigue a lo mejor sentado en el sofá y mi padre ya ha terminado de arreglarse las guías del bigote y se ha ido a tomarse un quinto al bar, y mi madre no ha vuelto aún de su fábrica de gorras y mi hermana sigue con su rizador de pestañas en el otro cuarto de baño, y yo me levanto melancólico y robo de la chaqueta vieja de pana de mi abuelo dos billetes azules de veinte euros y una o dos de sus pastillas para que le interese la vida, me las trago sin agua y cojo la máquina negra de rapar y me afeito la cabeza y después voy a la farmacia Bermúdez y me pongo otro *piercing* en el labio de abajo porque me duela un poco más esa belleza extraña y trastornada de mi

vida, esa belleza triste de familia pobre.

ACCESIT 1

TEORÍA Y PRÁCTICA

Nélida Leal Rodríguez

Aquel martes de otoño, Almudena comprendió de un plumazo lo que no habían conseguido una carrera de Económicas, dos másters, incontables cursos de formación y el dominio de tres idiomas: la auténtica distinción entre teoría y práctica, la diferencia sutil pero abismal entre especular y afrontar, entre saber y aceptar, entre "dar por sentado" que tus padres, tu madre en su caso, caminan sin prisas pero sin pausa hasta la senectud y quedarte petrificada, hueca, vacía, cuando escuchas el diagnóstico de labios del especialista y, más tarde, cuando lees el informe, tan conciso, tan apabullante y tan definitivo que no te quedan siquiera fuerzas para pretender que no sabes lo que significa.

Porque sí, sí sabía lo que significaba, grosso modo al menos. Que la vida se le había partido en dos. No pensó en otra vida que no fuera estrictamente la suya, sus aspiraciones, sus metas, su misma voluntad, de repente sometidas a aquel cataclismo inesperado y limitante; no podía creerse que le estuviera ocurriendo a ella, que de golpe y porrazo todo su tiempo, sus recursos, tendrían que ser reorganizados, priorizados de acuerdo a aquel nuevo estado de las cosas, porque a su madre se le había diagnosticado Alzheimer en estado medio, porque su madre era viuda, porque su madre sólo tenía una hija en aquella parte del mundo, esa hija que ahora, sentada en el sofá, rígida como una estatua, no podía sino sentirse ultrajada, ofendida y…sí, traicionada. Tenía treinta y

seis años, una carrera profesional digna de mérito, un futuro no ya prometedor, sino cuajado de éxitos ciertos y tangibles, y nula intención de bajar el ritmo. De hecho, en los últimos meses estaba considerando justamente lo contrario, elevarlo, llevar las revoluciones al máximo. Sabía que estaba en una edad complicada, que David pronto dejaría de pedir los hijos y empezaría a exigirlos, que no habría forma fácil de sortear los típicos comentarios desquiciantes de “se te va a pasar el arroz”, “ya va siendo hora de formar una familia”, ¿”¿qué se ha hecho de tu instinto maternal?”, pero, si la presionaban, mandaría muy lejos no sólo la posibilidad de los hijos, sino al único hombre que alguna vez había tenido visos de ser padre de esos hipotéticos retoños. Ella tenía otros planes, y ninguno pasaba por cambiar pañales o aguantar noches en vela, gracias, no había pasado dos tercios de su vida estudiando y dejándose la piel para acabar siendo una mami de vida hipotecada. Ella, no. Antes de llegar a los cuarenta, tendría que haber sido capaz de consolidar de modo inexpugnable su posición en la empresa, convertirse en un activo no sólo imprescindible - eso ya lo era - sino insustituible, imposible de reemplazar a medio plazo. O nunca.

“Nunca estaría bien”, pensó Almudena, tan conmocionada por el súbito viraje a sus planes que no podía ni llorar.

No le había prestado la menor de las atenciones a las primeras señales

de la enfermedad, meditó, sentada allí, en la soledad extraña del piso de su madre, donde hacía tanto que no ponía el pie más allá del vestíbulo que casi se sentía en otro planeta. Allí, con el sobre del hospital en las manos, con su madre en el cuarto del fondo acompañada de su cuidadora, Almudena se sentía lo más cerca que había estado nunca de perder los nervios. Ella no había sido adiestrada para resolver conflictos domésticos o familiares, que solía acoger con una suerte de condescendiente indiferencia, reacia a darse por aludida aunque le estallasen en la cara. A ella lo que le motivaba eran las crisis de otra índole, las dificultades del día a día laboral, esa montaña rusa en la que no sólo se había acostumbrado a montarse apenas cruzaba el umbral de su despacho, sino sin la que apenas sabía cómo empezar a funcionar. Su trabajo era una fuente constante de placentera adrenalina, de un estrés estimulante y adictivo. Sabía que a simple vista habría pasado por una especie de enferma, obsesionada por su carrera, cegada por el triunfo profesional e incapaz de ver nada más allá, pero Almudena no sentía ninguna clase de remordimiento. Quería a su marido, pero no a costa de todo. Quería a su madre, pero no para plantearse ningún sacrificio especial en su nombre. Ella, se dijo, apretando los labios, no era un monstruo, sino una mujer moderna: sus logros como gestora de fondos eran su gasolina, el motor de sus días, la única llave de su bienestar. Y no se disculparía por anteponer lo que a ella le hacía feliz.

Pero el médico había dicho que su madre, sobre todas las cosas, necesitaba cariño, presencia, apoyo. “A su hija”, había pronunciado, aun sin hablar, quizá intimidado por la manifiesta contrariedad de ella, que no había sido capaz ni de fingir que por supuesto estaría allí para su madre.

Almudena se levantó del sofá, presa de un nerviosismo insoportable. Le costaba trabajo reconocerse, reconciliar a aquella mujer histérica y sudorosa con la imagen que tenía de sí misma, la templada, serena, equilibrada Almudena cuya imperturbabilidad era admirada por todos. Por un momento, allí de pie, en mitad del salón de su madre, la típica estancia de una próxima anciana que vive más de recuerdos que de realidades, no podía ni creer que se hubiese criado en aquella casa, pero sin duda ella y su hermana gemela habían corrido y reído entre aquellos mismos muebles, reliquias de una época donde, con independencia de la capacidad económica, los objetos, los enseres de un hogar, se cuidaban para conservarse, en vez de ser desechados apenas dejaban de estar de moda. Almudena se giró, observó el sofá, y, casi sin ser consciente, sonrió apenas, los ojos entornados, a muchos años de allí, cuando una niña regordeta y con trenzas, ella misma, había trepado por aquel estampado de flores para eludir las “flechas” que una diminuta piel roja, también con trenzas, también regordeta, le lanzaba desde su improvisado karkaj. Aquellas flechas habían causado no pocos

estropicios, como los causaron todos los juegos que su hermana y ella tramaban sin descanso en su dormitorio, en la terraza, en la cocina, en cualquier parte.

Fueron unas niñas revoltosas, como habían sido unos bebés llorones y exigentes, aunque en la fotografía enmarcada en plata que había en la repisa, y que Almudena cogió con cierta timidez, las dos pequeñas, sonrosadas bolitas de siete meses, miraban a la cámara con semblantes falsamente angelicales a través del nítido cristal. Su madre, a despecho de su edad y sus achaques, siempre había tenido la casa en perfecto estado: nada desordenado, nada sucio, ni siquiera el cristal de una foto. Almudena la dejó de nuevo en su lugar, con la retina aún invadida por la imagen de un pasado donde no sabía encontrarse.

El doctor había dicho que en el último estado del Alzheimer, su madre sería como un bebé de casi setenta años. El camino de la vida recorrido a la inversa, un ser indefenso y dependiente, que no controla esfínteres, que se enrabia, que gorjea, balbucea y llora, que no sabe expresar más que con llanto o risa todos sus estados de ánimo. Su madre, ahora, en la segunda fase de aquella maldición con nombre alemán, todavía podía pasar, a ojos ajenos, “incluso a ojos cercanos que no quisieran darse por enterados”, pensó Almudena, recorrida por una incómoda culpabilidad, por una anciana como cualquier otra. A los primeros despistes y olvidos, del todo

inofensivos, las conversaciones algo más inconexas y unos altibajos de humor que, si bien eran llamativos en su casi siempre dulce personalidad, tampoco parecían indicar nada preocupante, le habían seguido otras cosas. Cosas que ella había ignorado y que ahora no podía evitar reprocharse mientras recorría con pasos comedidos, como si no le correspondiera estar donde estaba, la casa de su madre, la que llevaba sin pisar años. Era su madre la que iba a visitarlos a ellos, a David y a ella, la que telefoneaba antes para preguntar si sería oportuna, la que jamás se molestaba cuando se le daba una excusa - trabajo, una fiesta, una salida - y la que jamás reprochaba, si no había nadie en casa, que no se le devolviera la llamada.

Pero es que David era el despiste personificado, disculpó Almudena en su cabeza, atravesando el pasillo para dirigirse al dormitorio que había compartido con su hermana hacía ¿dos siglos? y ella… bueno, ella es que siempre estaba ocupada. Veía la luz del contestador, pero raras veces se molestaba en verificar quién había llamado. Su hermana era más bien de cansinos correos electrónicos cuajados de las fotos de sus alumnos en las clases y talleres que impartía en Sudamérica, y la única otra posibilidad era su madre. Todos los demás contactos, los profesionales y los escasos personales, llamaban al móvil. Almudena nunca había sentido ni el menor de los bochornos…si era importante, insistiría, y si no lo era, mamá siempre volvía a llamar ¿no?

El dormitorio “de las nenas”, como había sido llamado siempre, era ahora, bañado por la espléndida luz que atravesaba el ventanal, el eterno dormitorio de “aquellas nenas”. Su madre lo había preservado como si al atravesar la puerta de siempre, mil veces barnizada y abrillantada, uno fuera capaz de sobornar al tiempo y regresar a aquellos años ochenta en que dos gemelas pelirrojas y traviesas habían hecho de ese rectángulo luminoso, un reino privado. Almudena retuvo el aliento, pasmada. El pasado se había hecho tan palpable, tan próximo en aquellas paredes cubiertas de posters de adolescentes de hacía veinte años, que por un momento no supo cómo reaccionar. La irrealidad de ser quien era, una ejecutiva de treinta y seis años en un extraordinario día “libre” en el que había recogido el diagnóstico de su madre enferma de Alzheimer y se encontraba en su casa por pura e inevitable casualidad, y la irrealidad de quien había sido, una niña feliz, risueña y divertida, y una adolescente espigada y aún divertida pero menos risueña, saeteada por los primeros indicios de la prodigiosa competitividad y afán de perfeccionismo que la habían convertido en la que al fin era: una triunfadora.

¿O no? En esa casa, llena de recuerdos, no se sentía tan segura.

La cama de la izquierda había sido la suya. Almudena se sentó, vacilante. El colchón cedió blandamente bajo sus escuetos cincuenta y tres kilos, esos que le permitían tener una figura

perfecta para lucir sus trajes de alta directiva, esos que Almudena se negaba tajantemente a ver dilatarse para albergar a unos hipotéticos hijos que se llevarían, igual que sus medidas de modelo, todos y cada uno de sus esforzados logros profesionales. Porque las madres no triunfaban, las madres no conseguían alcanzar las altas cotas laborales que sí alcanzaban las otras, las madres se pedían bajas, reducciones de jornada, renunciaban a viajes de negocios, se saltaban las reuniones o directamente las abandonaban si a muchos kilómetros de la sala de juntas una criatura caía del columpio o ardía por la fiebre. Almudena no quería depender de nadie y sabía que las madres lo hacían de sus hijos, sujetas a un amor poderoso e irrebatible, que no entendía de cordones umbilicales rotos ni se preocupaba de conceptos tan baladíes como aprender a leer o ser capaces de manejarse más o menos solos. Las madres eran madres hasta el final, hasta el último día. Dolía igual el llanto de un bebé en la cuna como el de un adolescente que sufre su primer mal de amores, dolía tanto la raspadura de la rodilla por no saber frenar un balón en el patio del colegio como el fracaso que pudiera esperarle, como adulto, en cualquier esquina de la vida. Los hijos te hacían vulnerable, una perpetua cuidadora, un ser débil, sometido al poder de esos otros humanos que un día habían brotado de su cuerpo. Ella había luchado toda su vida para no depender sino de si misma, se vanagloriaba de no haberse puesto jamás en deuda con otro, se había convertido en una

mujer fría y distante, apenas capaz de ofrecer sólo migajas de afecto, y lo había hecho por…

… por miedo.

Almudena acarició suavemente el peludo contorno de su oso de peluche, la primera víctima de su ya lejana decisión de ser autónoma e invulnerable. A los nueve años lo relevó de acompañarlo en sus sueños, a los doce lo relegó de la cama y lo exilió a la estantería, y a los quince su madre la sorprendió tirándolo a la basura. Almudena sintió subir por las mejillas un súbito rubor, y por un momento volvió a tener quince años, a sentir ansia combativa, y se sintió rodeada por los azulejos blancos que habían rodeado a la madre y a la hija en aquella cocina del ayer.

- ¿Por qué lo tiras, Almudena? - había preguntado su madre.

- Porque no sirve para nada. Y además está hecho una ruina, ¿o es que no lo ves? Es viejísimo - había replicado ella, ceñuda y belicosa.

- Las cosas no se tiran sólo porque estén viejas. Envejecer es inevitable para todos, pero no el fin. El osito te hizo mucha compañía toda tu infancia, señorita “quince años”, era tu amigo por las noches, y si está así es porque le dabas muchos abrazos, que es para lo que sirve.

- Ohhh, pobrecito, cumplió con su deber. ¿Hasta cuándo lo conservaremos, entonces? Porque yo ya paso de hacerle cariñitos a nadie, cuanto más a un oso hecho

trizas. ¿Hasta que se pudra? - ironizó aquella Almudena adolescente y rebelde - ¿Entonces sí, mamá, ent…?

La Almudena de treinta y seis años se encogió sobre el viejo colchón, tal cual había hecho la otra Almudena cuando había visto la reacción de su madre, que había dado dos pasos para arrancarle el osito de las manos. Había una indescifrable expresión en su rostro.

- No serás feliz si sigues así, tan… fría, Almudena. No te irá bien. Ahora no necesitas el osito, pero siempre necesitarás algo. Alguien.

- No. No necesito a nadie. Me basto yo sola - había replicado ella, terca y orgullosa. - No seré una blanda. Esas no llegan a ninguna parte. Se casan, tienen hijitos y se quedan tan ricamente haciendo de amas de casa, olvidan sus sueños. A mí nadie me va a parar, mamá. Nadie.
Sorprendentemente su madre sonrió. Pero era una sonrisa triste, amarga, cargada de una especie de hastío, no exento de compasión.

- Sí te parará alguien, Almudena. Y si no les haces caso, te pararás tú misma. O eso espero… porque saber frenar será tu suerte.

El osito se había quedado en el dormitorio, en la estantería, pero no había perdido mucho más el tiempo con él, reflexionaba ahora, mientras lo acariciaba distraída, aún anclada en el recuerdo. No había tenido valor de desafiar a su madre, como su madre no había querido tampoco

pedirle explicaciones por la velada acusación de haber desperdiciado su vida al abandonar su trabajo para criar a las gemelas. Habían sido otros tiempos, sin duda, quizá lo habría hecho de otro modo en esta época, pero aunque a Almudena siempre le había parecido que lo de su madre había sido un sacrificio inútil y ridículo, lo cierto es que nunca había percibido ni el más leve de los arrepentimientos por su parte. Ella y nadie más había creído sentar cátedra, al juzgar a su madre como si sólo un rasero sirviese para medir el éxito de una vida, la única forma de cumplir los sueños. Su madre había sido feliz así, en una vida por completo distinta a la que llevaba su hija, que vivía enfrentada a todos y a nadie, ante un presunto ataque que, en rigor, nunca había recibido.

Almudena se levantó. A lo lejos, oía el murmullo de pájaro de su madre y la voz musical que respondía, la cuidadora, una chica afable, solícita, una pobre desdichada que no valía para otra cosa y había acabado así, había pensado Almudena, no hacía mucho. Ahora, sin embargo, se daba perfecta y renovada cuenta de que Carmen, la chica, podía mentir - de querer hacerlo - sobre su vocación e incluso sus referencias, pero no podía adulterar el brillo de auténtica generosidad que siempre confería al cuidado de su madre. Carmen era comprensiva, era paciente y dulcemente tenaz, no perdía los nervios ante las preguntas repetidas mil veces, no se irritaba por los constantes vacíos de esa mente que podía disertar sobre su juventud pero no sobre su mañana, explicaba

con infinita ternura para qué servía el cepillo del pelo, el picaporte y los zapatos a la anciana que aferraba los objetos aún sabiendo qué eran, pero abocada al vacío más temible cuando intentaba recordar para qué servían, y la bañaba, la alimentaba y la cuidaba con gestos precisos y delicados, nunca contaminados de la prisa o la incomodidad. Almudena, que apenas podía soportar la visión de la progresiva debilidad materna, que subía los ojos al cielo cuando no podía evitarse cada retroceso, cada repetición, cada olvido, y que se sentía encolerizar cuando, otra vez, su madre había guardado la funda de las gafas en el botiquín, o no sabía cómo regresar del supermercado, contempló a hurtadillas, desde una esquina del pasillo, cómo una mujer que ni siquiera cobraba demasiado, que tenía un horario demencial y que sólo cotizaba la mitad de sus horas, era más que hábil para aparcar todas sus frustraciones mientras desempeñaba un oficio que nadie le valoraba. La mirada de su madre, que todavía se defendía identificando a los suyos, aunque dejara de hacerlo en un futuro incierto, siempre se iluminaba durante horas ante la visión de la menuda cuidadora, mientras Almudena no podía dejar de notar que el brillo ante su propia presencia sólo duraba los minutos suficientes que su madre necesitaba para comprender que, tampoco esta vez su hija tendría tiempo de quedarse. Por un momento, se sintió cohibida, intimidada en aquel rincón de la casa de su niñez, mientras espiaba a su propia madre y a una mujer que parecía quererla con más fervor que

su misma sangre. Y no era cierto, no podía serlo. Ella era su auténtica hija, mientras que Carmen sólo era una asalariada que sabía hacer su trabajo, que lo hacía bien, de hecho, pero…

… sacudió la cabeza, avergonzada. Todos sus argumentos eran puro humo, y no estaba delante de un grupo de clientes a los que engolosinar con el valor de unas acciones engañosamente atractivas. Carmen llevaba años atendiendo a su madre, años en que la carga de trabajo había aumentado, pero no el sueldo. Y ¿qué había dicho Carmen cuando ella soltó, acusadora, el diagnóstico definitivo, repleta de rencor, de rabia sin digerir, de lástima por sí misma y su fascinante carrera?

- ¡Oh, me lo temía, me informé cuando noté los primeros síntomas! Pobrecita Rosa, le vienen malos tiempos. Menos mal que es una mujer fuerte y positiva, vamos a salir adelante, con nuestros baches, pero saldremos. Tengamos cuidado, no podemos transmitirle que algo va mal.

Por segunda vez en aquel día nefasto, Almudena sintió el bochorno asaltándole las mejillas. Carmen no sólo no había apreciado siquiera su resentimiento, su frustración, sino que la había incluido sin dudar en su presumible intención de no preocupar a su madre. La humilde, sin titulación específica, sin idiomas, sin currículo envidiable, había mostrado su superioridad humana ante la eminente licenciada saturada de logros y triunfos. Se la había engullido. ¿Quién era la mujer de

éxito?

Tenía la impresión de que todo se había confabulado a su alrededor para revolverle todos sus principios, sus certezas, para mostrarle la crudeza de una teoría convertida, en virtud de las líneas de un informe médico, en la evidencia más científica posible. Ella había acumulado, en treinta y seis años de vida, una trayectoria profesional perfecta, un matrimonio mediocre por su única responsabilidad, y una relación con su única familia directa rayana en el protocolo falso y limitado de quienes sólo se tratan por obligación. Pero aun así nadie le había reprochado nada, ni David, ni su madre, ni siquiera su hermana, aquella niña con la que dejó de compartir confidencias casi al tiempo que dejó de compartir los juegos, en aquella cruzada consigo misma de llegar a no depender de nadie. Todos le habían permitido ser quien era. Porque la querían. Porque eran su familia. Porque, aunque dificultosamente merecía ese título, ella era la suya.

La familia. Su raíz, su origen... desdeñado como lo que no importa. Almudena pensó que tenía treinta y seis años y finanzas de sobra. Pensó que siempre había dado por supuesto que su impresionante carrera profesional le serviría de algo, le devolvería el esfuerzo, le compensaría. Y acababa de darse cuenta de que así era, de que a pesar de tantos errores, en eso no se había equivocado. Su teoría era cierta.

Tenía estatus en la empresa y

solvencia económica para permitirse un par de años, sino sabáticos, infinitamente más relajados, más flexibles, más vividos, en definitiva. Un par de años para intentar ser madre, para acompañar a la suya en su camino y despojárselo de sombras, para demostrarle a un hombre maravilloso que todo lo que le había tolerado no sería por nada. Dos años para probar que la teoría podía ser práctica.

Alguien recogería el testigo de aquel osito de peluche conservado a pesar del desprecio de su dueña, alguien vendría a demostrar que lo que su madre le había dicho a los quince años era cierto: algún día, si tenía suerte, sabría frenar. Y ese alguien sería ella.

Almudena caminó hacia el dormitorio de su madre, para decirle que sí, que había logrado pararse, que había sido afortunada para distinguir qué es lo que importa y qué es lo que sólo parece importante. Recorrió las baldosas de su infancia sintiéndose agradecida, renovada, dispuesta.

Y en casa.

ACCESIT 2

MÁS ALLÁ DEL PRIMER CONFÍN

Joan Ruscalleda Massó

TIERRAS CÁNTABRAS,
UN DÍA CUALQUIERA DEL 2014

Puñetera crisis. O al menos eso debió de pensar la siempre activa y condescendiente Arantxa al recibir la nueva.

Ocho años para licenciarse en Arquitectura, tres meses en un almacén de paquetería, más tarde haciendo suplencias en un *Carrefour*, luego camarera en un antro de mala muerte, y acabar con un contrato a tiempo parcial en un centro de asistencia a personas mayores, no era precisamente el paradigma del paraíso laboral. Pero ya podía darse con un canto en los dientes pues, tal y como estaba el panorama, la suerte la acompañaba y no había estado –desde que finiquitó sus estudios- más de tres semanas en paro.

Sin embargo, ahora la Residencia cerraba y a ella la pillaba con el paso cambiado.

Lo cierto es que los dos años vividos atendiendo a gente mayor en el centro de día le fueron gratificantes. Incluso se imaginaba, a falta de mejores alternativas, haciendo carrera en aquel trabajo. Se sentía cómoda atendiendo a abuelitos que no podían ser mimados por sus hijos. Siempre le gustó el trato con las personas, y aquel geriátrico donde se cuidaba a ancianos que durante la jornada no tenían quien les velara, le satisfizo desde el primer momento en que se puso manos a la obra. Ayer, puñetera crisis, unas subvenciones retiradas -y más de una anulación- hicieron que los dueños de aquel negocio tiraran la toalla. El goteo de abuelitos que antes eran fijos fue mermando

pacientes a medida que el paro se cebaba por aquellos pagos. Los hijos que antes dejaban a sus mayores en aquel centro mientras estaban trabajando, ahora, huérfanos de empleo y cargados de horas libres, sí podían cuidar de sus progenitores y no era menester gastar dineros para dárselos a quien atendía los viejos. Los tiempos cambian, y la penuria económica hacía reconducir el destino de los pocos billetes que entraban en muchas de las familias de la zona. Y uno de esos cambios era el dispendio que ocasionaba el cuidado del abuelo o la abuela que, ahora sí, quedaban en casa al cuidado de los hijos a quienes sobraba tiempo y faltaban billetes.

Para Arantxa, el saber que era despedida junto con todo el personal le supuso un plus de desasosiego, pues parte de sus ilusiones estaban en conservar aquella faena que, aunque solo era de media jornada, bien le iba para aportar algo a la menguada economía familiar. Y aunque le dolía el no poder ejercer para lo que había dedicado estudios y esfuerzos, quizás ya llegaría el día en que podría demostrar sus aptitudes en ese campo. Ahora, hoy, bien le hubiera valido continuar en la Residencia, pero ni eso. Para colmo, amén de la noticia que a final de mes se cerraba la empresa, el jarro de agua fría que le vino por la tarde fue mayúsculo.

Estaba embarazada.

Justamente ahora. Es cierto que Tomás -su marido- y ella lo habían

hablado, pero nunca calcularon que la cosa sería así, tan a contrapelo. Ella en el paro y al buenazo de su media naranja también sin *curro* desde hacía poco más de quince días. Lo sorprendente es que apenas cinco meses antes, cuando creyeron que era óptimo tener un hijo, todo lo vieron de color rosa. Quizás fue la euforia de ver que ambos generaban dinero suficiente para encarar un mañana con un vástago y, con un trabajo aceptable cada uno, añadido a la treintena de años que ambos ya atesoraban, les pareció que era el momento idóneo para encauzar la vida y estructurar una familia. Casados desde hacía un lustro, capaces se veían de afrontar aquel reto que, dicho sea de paso, les apetecía sobremanera. Formar una familia, hogareños como eran, era uno de sus más altos objetivos, y para nada escondían esa forma de ser, esa forma de pensar. Sin embargo ahora todo se torcía.

Tomás, el buenazo de Tomás, recién despedido de la empresa de construcción donde llevaba media vida, y ella más de lo mismo porque el centro de asistencia cerraba para no volver a abrir.

Aquello les dejaba en un panorama insospechado que no calcularon se produjera. Y justamente ahora ella queda preñada. La vida sorprende a diario, y a menudo cuando uno menos se lo espera.

Cuando Arantxa llegó a casa no sabía si empezar con la mala o la buena noticia. Porque encima, la

que se suponía era la buena, dicha en aquel momento quizás no era tan óptima como se supone debería ser. Es curioso como el mismo acontecer se ve de una manera o de otra en función del estado de ánimo de los protagonistas. Y hoy, en esos tiempos tan desagradables, incluso cuesta encontrar una buena noticia, aunque la tengamos enfrente.

También su media naranja tenía novedades. Hombre inquieto –amén de un cualificado albañil- era incapaz de quedarse en casa sin nada que le ocupara. Cuando trabajar en la obra fue un trabajo escaso dudó poco en reciclarse a sí mismo, aceptando no pocos empleos menores para intentar seguir en el sector. Toda su vida, toda, había estado entre tabiques y azulejos, y no se imaginaba en otro lugar que no fuera el ir subiendo andamios o pavimentando un piso. Trabajador sin reservas, no dudaba en echar horas y dedicación si con ello ganaba dinero para casa, para la familia, aunque ésta estuviera formada por su mujer y el. Ya habría tiempo para los vástagos. No en vano ni la luz ni la hipoteca eran gratis, y en esos tiempos tan torpes era menester tener las ideas muy claras – y algo de suerte- si uno quería llegar a fin de mes sin excesivos apuros.

……..

Con una sonrisa ancha, y sin reparar en la expresión agridulce que destilaba Arantxa, Tomás le exclamó.

- !!! Ari, tengo trabajo ¡¡¡.

Preso de un estado de excitación, la

hizo sentar en la mesa de la cocina y se dispuso a desgranarle la nueva. Ella por un momento aparcó las noticias que también llevaba. Era obvio que, por el estado de ánimo que transmitía su marido, apenas la escucharía si antes él no exponía su novedad.

Tardó apenas unos minutos en ponerla al corriente de lo sucedido. Su amigo Sebas, el pescador, marchaba dentro de tres meses a la pesca de altura, y gracias a él y porque había una plaza vacante, le habían ofrecido embarcarse. Estarían algo más de cuatro meses fuera de casa, pero la recompensa era agradable. Cinco mil euros. Y limpios, pues en alta mar no había lugar donde gastar ni un real. Lo malo –y aquí hizo una pausa- serían tantos días y tantas noches sin ella. Pero llegar a casa con aquel dinero era suficiente motivo para tomarlo a gozo, pues significaba una buena inyección de pasta en la libreta de ahorros. Aunque llamarla ahorros, en su caso, era un eufemismo que rayaba la ironía.

Cuando acabó de explicarle los pormenores, un breve silencio se hizo en la cocina. Tomás incluso quedó algo descolocado pues ella, mujer optimista y extrovertida donde las hubiera, apenas gesticuló ni esbozó sonrisa alguna. Lo más normal es que se hubiese abrazado a él para celebrar aquella noticia, y no pocos besos le hubiera prodigado, amén de aquella risa que siempre le contagiaba cuando había motivo para celebrar algo. Y de eso, de

risas, tal y como estaba el panorama, no iban excesivamente sobrados, aunque bien cierto es que tampoco se desgarraban los vestidos ante las adversidades. Ella, positiva a rabiar, era mujer a quien le costaba ver el vaso medio vacío, y siempre encontraba un motivo para ver el cielo con más colores que el arco iris. Por eso le extrañó a Tomás la quietud y falta de emociones que le transmitió su mujer. Con la mirada pronto la interrogó, para saber el motivo de aquella ausencia de alegrías. Sin demora, Arantxa, le soltó.

- Estoy embarazada. De casi dos meses. Y la residencia cierra a final de este mes.

El rostro de su marido se transformó. En apenas unos segundos, un conglomerado de emociones alteró su tez. Difícil digerir aquellas noticias, pues la mala quedaba solapada con la buena, que a la vez, y si él aceptaba el trabajo en el pesquero no era tan buena, o al menos no tanto como a él le hubiera gustado.

Tardaron poco en coger un calendario para ajustar fechas, pero pronto se dieron cuenta que, para el alumbramiento, él estaría lejos, muy lejos, en alta mar.

Tuvo que ser Arantxa la que rompió la mudez que se había apoderado de la cocina, y no dejó que pasaran más de cinco segundos para reiniciar la conversación, pues si dejaba que su Tomás se empecinara, lo que era motivo de alegría podía tornarse en un equívoco. La suerte de encontrar

trabajo y cobrar cinco mil euros del ala era una noticia estupenda, y aquello era agua bendita de mayo. Además -le argumentaba ella-, él era de esos hombres que pronto aprendía rápido, y aunque levantar tabiques en nada se parecía a pescar atunes, daba por hecho que al segundo día ya tendría las artes cogidas y en nada extrañaría el nivel o la plomada. Cuatro meses escasos -le añadía- se pasaban en un pis pas, y cuando volviera se encontraría con uno más en la familia. Tomás, ausente, asentía con la cabeza, preocupado por no poder estar en la fecha señalada al lado de su pareja.

Hombre rudo y tosco -forjado a base del frío que se pasa en una obra cuando no hay pared que amortigüe la helada-, se tornaba dulce y meloso en todo lo que estuviera relacionado con ella, y no soportaba la idea de estar lejos en tan vital momento. Arantxa, conocedora del padecer de su marido, sacaba hierro a tal circunstancia, y con su constante optimismo tamizaba el sabor agridulce que destilaba su media naranja.

……..

Desde pintar la habitación tal y como mandan los cánones hasta el tema de la ropa del que había de nacer, aquello era un mundo desconocido para ambos, pero el buen humor de ella solapaba el desasosiego que a veces se apoderaba de Tomás. Con una sonrisa que le achinaba la cara, ella le recordaba que era mejor que no estuviera en el alumbramiento que

no en la concepción. Y tras soltar la parrafada, sonreía escandalosamente de su propia ocurrencia, intentando contagiar con su cadencia al futuro padre.

Los tres meses que aún faltaban para que embarcara fueron un ir y venir con todo lo relacionado con el embarazo de ella. Más si cabe para aquel fornido albañil, ajeno a ese mundo que gira alrededor del que ha de nacer. Nunca pensó que tener un hijo fuera tan complejo, pero quizás ahí residía el merito de ser una familia. Porque lo suyo era alicatar paredes o levantar tabiques, no en vano desde zagal –y de eso hacía una eternidad- llevaba haciendo lo mismo.

Desde las periódicas visitas médicas, donde se apreciaba el día a día de aquel embrión que pronto sería el epicentro de la casa, hasta un montón de complementos para la criatura, aquellas semanas fueron una *vorágine* que giraba en torno al mismo tema. Pronto supieron que sería una niña, y ninguno de los dos se postuló con un nombre en concreto. Él, poco ducho en esos menesteres, le pareció que debía ser su compañera la que escogiera el nombre. Según argumentaba, algo tan íntimo mejor decidirlo quién le daba la vida, y pensaba que debía ser la madre la que mentara el nombre del recién llegado. Ella, condescendiente, aceptó el envite, aunque cierto es que ya guardaba un par de nombres para cuando llegara el momento.

Mientras estuvo Tomás en tierra,

Arantxa fue el alma y motor de la pareja. Pese a que su cuerpo delataba poco a poco su estado de fecundidad, seguía siendo aquella incansable mujer capaz de controlarlo todo sin que le mermaran las fuerzas. Algo contrario le pasaba a él, que desde que supo la coincidencia del embarazo con la fecha de su embarque pareció sentirse culpable de algo, aunque no sabía exactamente de qué. En alguna ocasión, y mientras miraban el televisor, había intentado convencerla de lo poco acertado que era partir en tal situación. Pensaba que su lugar estaba al lado de su mujer, al fin y al cabo uno no es padre cada media hora, y un momento tan especial como el de ampliar la familia requería su presencia por si era menester. Ella, que siempre le hablaba acompañada de una perenne sonrisa, pronto le convencía del error de pensar de esa manera. Él poco podía hacer –le repetía mil veces-, pues lo importante ya lo había hecho. Además -le recordaba-, el dinero obtenido por aquellos cuatro meses de faena buen destino iba a tener, pues a la que naciera la niña no pocos accesorios y artilugios eran menester, y si encima ella no trabajaba, la aportación de él era inevitable y no era el momento de andarse con sensiblerías ñoñas, ya que el dinero que ganaría era vital para los primeros meses tras el nacimiento. Las circunstancias mandaban, y ellos no eran ajenos a la crisis imperante.

Tomás, con reservas, acababa aceptando los argumentos de su pareja que, con un beso y tras mecerle

el pelo, le acariciaba la mejilla como pidiéndole que no pensara más en renunciar al embarque. Si él no aceptaba otro usuraria su puesto, y no estaban los tiempos para excesos y regalos.

Las últimas dos semanas antes de embarcar fueron un desasosiego continuo por parte de aquel mozarrón, que veía como los días se tocaban y la fecha de zarpar estaba próxima. La noche anterior a la partida apenas consiguió dormir. Ella, sabedora del padecer de su pareja, tampoco. Sin embargo ninguno de los dos dejó que el otro se percatara de aquel dolor compartido.

La mañana del adiós fue triste. Alrededor de una taza de café, con más lágrimas que azúcar, se despidieron. Él no quería que estuviese en el puerto, viendo como su imagen se alejaba, mientras con una mano le despedía y con la otra se acariciaba el vientre que alojaba el fruto de sus besos.

La ausencia del ser querido nunca es grata, y la de aquellos dos jovenzuelos -a quien la vida les había pillado en una situación incómoda y extraña- no era una excepción. Pero ellos, al igual que muchos, eran víctimas de una situación a la que había que adaptarse. Ya vendrían tiempos mejores. Ahora tocaba ser camaleónico, y ajustar objetivos y aceptar la realidad. Y uno de los objetivos, tras casarse, era tener descendencia.

……..

Tuvo suerte el voluntarioso albañil que el barco gozara de un sistema de comunicaciones de última generación. La emisora de a bordo, que incorporaba tecnología punta, le permitía ponerse en contacto a diario con el móvil de Arantxa y, con la condescendencia del patrón, no pocas llamadas realizaba para interesarse por el día a día de su mujer.

Sin embargo, la lejanía física mermaba el temple de aquel marinero circunstancial. Imposible estar más de una jornada sin saber nuevas de tierra firme. Ella, que siempre disfrutó de un sentido común envidiable, supo transmitirle una tranquilidad y una paz que no alterara su estado de ánimo. Estar lejos del ser querido puede llegar a ser cruel, y no siempre es llevadero. Impotencia se le llama a este estado. Los días anteriores a la fecha marcada por el médico para dar a luz fueron un constante de llamadas a Arantxa, que siempre respondía con optimismo. Él, nervioso, incluso estaba desubicado y torpe al lado de sus compañeros que, con risas y bromas, aceptaron su situación. Algo más que una ronda les debía cuando llegasen a puerto.

El día esperado, Tomás se despertó antes que amaneciera y nervioso. Algo le decía que había llegado el momento, y que su mujer estaba en capilla. Acertó. La llamada pilló a Arantxa en el coche de su hermana, camino del hospital. Ninguno de los dos quiso finiquitar la conversación. El satélite, bendita tecnología, hacia de cordón umbilical entre la que

estaba en tierra y el que estaba más allá del horizonte.

Tomás pudo escuchar el ajetreo de los médicos, el sonido metálico de una camilla, las voces de alguien que pedía que dejara el teléfono. Unos instantes después, y tras unas palabras que no entendió, Arantxa le preguntó si aún seguía allí. El médico la autorizaba a seguir conectada si con ello atrapaba alivio. Tomás, emocionado, se dio cuenta que estaba asistiendo a algo inusual. Asistir a un parto vía satélite. Dios mío, aquello estaba fuera de toda lógica.

Arantxa, presa del dolor que se le apreciaba en la voz, no dejaba de hablar. Necesitaba saber que su pareja seguía allí, a su lado, y aunque no fuera en estado físico, el poder escucharlo la transmitía la proximidad que necesitaba en aquel momento. El albañil mutado a marinero, preso de la emoción, apenas podía balbucear cuatro palabras inconexas. La situación le sobrepasaba.
No tardaron muchos minutos cuando Tomás reparó en que algo estaba pasando. Preguntó, pero al otro lado nadie respondía. Ruidos inconexos. Un par de gritos. Mas ruidos y, al final, unos segundos que parecieron eternos, rotos por un llanto que se apreciaba de un recién nacido. Desesperado, preguntó cien veces qué estaba pasando. Sólo al cabo de un minuto -que duró mucho más de sesenta segundos-, la voz de Arantxa le calmó.

Era una niña. Y estaba bien.

Una emoción que jamás había sentido se apoderó de aquel hombre, que pese a su corpulenta estampa se puso a llorar como un niño desamparado. Fue la novísima madre la que rompió las lágrimas y los sollozos que se escuchaban a través del auricular. Con tono calmado le preguntó qué hora era, pues ella, dentro del quirófano y sin luz natural, ignoraba si era de día o de noche. Tomás elevó la vista hacia el horizonte. Justo en aquel momento un tibio punto de luz rompía le negritud que llenaba el entorno. En apenas unos segundos, un haz ocre sesgó la línea que separa el cielo de la mar océana. El alba traía un nuevo amanecer, un nuevo día. Así se lo explicó a su mujer que, sin pensarlo un instante y gozando de tan especial momento, le respondió:

- Se llamará Alba, como la luz que aparece ante tus ojos y como la niña que reposa sobre mi vientre.

Las lágrimas de Tomás, anegaron sus ojos al escuchar el nombre escogido para la criatura. Ella, con voz fatigada le dijo que debía cortar la comunicación. Más tarde podía llamarla, con más calma, para hablar tranquilamente sobre la buena nueva. Con un beso enorme se despidieron. Ella, con los ojos enlagrimados. Él, con la mirada anegada, puesta en el infinito. La familia había crecido, ahora eran tres.

……..

Aún hoy y pasados dos años, cuando el amanecer marca aquel hilo de luz que delimita el horizonte bañándolo

con aquel color ocre salmón, Tomás -que sigue trabajando en alta mar- no puede evitar verter una lágrima cuando vislumbra un nuevo día. El líquido que surca su mejilla y cae sobre la baranda del barco se mezcla con las minúsculas gotas perladas de humedad que le anuncian una nueva jornada, sabiendo que en casa le espera la mejor luz que puede observarse más allá del primer confín.

Allí esperan su mujer y su niña, y eso no tiene parangón.
Porque siempre queda un motivo, aunque sólo sea uno, para ver un nuevo amanecer…..perdón, para ver a su *Alba*.

……..

ACCESIT 3

LA VISITA

Juan de Molina

Mamá está sorda. Es lo que peor lleva, la sordera. El muro de silencio que la aísla del mundo. Si no fuera por esa barrera, ella sería feliz. Lo repite de continuo:

- Lo peor es la sordera.

Subo las escaleras, introduzco la llave en la cerradura y le doy tres vueltas. A cada giro suena un golpe seco, como un eco de disparos lejanos que horadasen la tarde.

Entro en el salón y la veo al fondo, en la salita, inclinada sobre su asiento, mirando hacia la puerta. Aún percibe el estruendo del cerrojo, un rastro de metales en sus oídos maltrechos. Sus ojos se iluminan por un instante y la dádiva de su sonrisa me conforta el corazón.

Me acerco y la beso y me siento a su lado.

- ¿Cómo estás?

- Bien. ¿Cómo-están-ustedeeeees…?

Sonrío. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Es una de sus consabidas muletillas, uno de tantos mantras que han ido colonizando su parca conversación.

Cojo el mando a distancia y bajo el volumen.

- Apágalo si quieres –dice.

- ¿Qué le pasa hoy al *tonto*?

- ¿Quién es el tonto?

- El hijo del alcalde.

- Yo no me entero, Claudio… Cuando viene tu hermana, me la cuenta… Ella la ve, también.

Miro la cara de calzonazos del edil y el delantal con encajes de la primera dama. Luego aparece la plaza del pueblo con sus tonos terrosos y los figurantes acartonados, como figuras de un belén viviente rescatado de la prehistoria, la telenovela de las tardes, el añejo e interminable culebrón que entretiene las horas de mamá, su eterna travesía por el páramo infinito del silencio.

- ¿Cómo tienes la tensión?

- Doce y siete…me parece.

Dejo que transcurran unos instantes entre pregunta y pregunta. No me gusta alzar la voz, menos aún hacerlo todo el tiempo. Tengo la incómoda sensación de que me están oyendo los vecinos, así que, en vez de gritar, modulo las palabras, las articulo lentamente, mirándola a la cara.
Cada vez que vengo, intento hacerla reír. Le gusta reírse. Tiene mucho sentido del humor.

Hay un lago y hace viento –digo-. Se levanta una ola. En eso, pasa un cuco volando. La ola lo ve y le dice: cu-cu. El cuco le responde: hola.

Me quedo mirándola. Esbozo una sonrisa y enarco las cejas. Ella no ha dejado de girar los pulgares con las manos entrelazadas. Me mira y ladea la cabeza.

- Eso es lo que hay –dice.

Aprovecho que un operario con chaquetilla azul estrangula el tubo de una lavadora, haciendo aflorar a la embocadura el légamo nauseabundo de su contenido, para levantarme y poner el café.

Mientras me afano en el fogón, mamá entra en la cocina y mete una taza con leche desnatada en el microondas. Luego gira el botón. Miro la flecha y le digo:

- ¿No es demasiado tiempo?

- Me gusta caliente –dice.

Observo sus manos delicadas, atravesada de hilos violetas, sus dedos huesudos y cortos como sarmientos, la rizada cabellera que mi hermana le peina todos los viernes, la bata turquesa que la cubre, las zapatillas blandas, los iconos cual cicatrices sobre la ajada anatomía de su soledad.

Mamá ha cumplido ochenta y siete años, lleva un marcapasos cosido bajo la piel, sus piernas exhaustas apenas la sostienen. Pero aún conserva una belleza serena en su cara arrugada, a pesar del poso de tristeza que, por momentos, le vela la mirada, los ojos ausentes que habitan, a ráfagas, quién sabe qué recónditos deleites, qué gozos esquivos.

De vuelta a la salita, me esfuerzo por mantener un diálogo amable, una corriente de empatía que la libere por unos minutos de su monotonía, del monólogo mudo que mantiene cada

tarde con la trama lacrimógena de *El secreto de Puente Viejo*.

Le pregunto por las labores de ganchillo, y ella se inclina y coge del suelo una de las varias bolsas de plástico que se amontonan junto a la mecedora. Comienza a sacar cuadros de lana que apila sobre la mesa, una simétrica geometría que enmarca rosetones celestes y rojos, ocres y amarillos, como vidrieras antiguas, cenefas de tedio y monotonía, arabescos de hastío que entretienen su vigilia.

- ¿Qué vas a hacer con tantos cuadros?

- No sé… Una colcha… O un mantel… A ver lo que dice tu hermana.

Mientras habla, ha cogido el mando a distancia. En una taberna de cartón piedra, unos parroquianos escancian vino de una jarra de barro, sentados a una mesa. Junto a la barra del mostrador, ante sendos chatos de tinto, un personaje con sotana platica con un barbudo.

- ¿No te gusta el programa de Juan y Medio? –digo.

- Siempre es lo mismo: no van más que viejas con los labios pintados… con esos collares y esas perlas en las orejas…Y no escucho lo que dicen… venga a hablar y hablar…

Uno pregunta sabiendo la respuesta. Pero es un ritual, una forma como cualquier otra de hacerla sentir viva. Aunque cada vez me cuesta más

trabajo arrancarla de su mutismo.

Mientras tanto, entre sorbo y sorbo de café, he vaciado la bolsa de los fármacos y leo los nombres de las cajitas: Adiro para evitar la formación de coágulos plaquetarios; Sinvastatina para reducir el colesterol; Betahistina para mantener a raya los mareos; la Torasemida y el Adalat para bajar la hipertensión; el Natecal para fortalecer los huesos… Toda la industria farmacéutica presente en su universo doméstico, como un mecano de cartulina encima de la mesa, un puzzle en tres dimensiones que ella monta y deshace tres veces cada día; siete días cada semana; cincuenta y dos semanas, ay, cada año…

Cuando acabo el periplo de la farmacopea, le pido que me hable de sus años mozos, y ella me cuenta, por enésima vez, aquella ocasión en que la tía Julia se retrasaba más de la cuenta en volver a casa, porque había perdido la noción del tiempo siguiendo a los cómicos y sus números musicales y acrobáticos, y cómo el abuelo, preocupado, la había enviado a ella a buscarla, con el encargo de que volvieran cuanto antes, y cómo, después de encontrarla en un descampado, extasiada frente a una cabra funambulista, ambas terminaron sentadas en la peluquería esperando turno para arreglarse el pelo, que la feria estaba a la vuelta de la esquina, y el castigo era lo de menos si el espejo les devolvía la imagen de unas chicas alegres y sanas que estaban dispuestas a comerse el mundo. Porque la tía Julia era así, una cabeza loca que bebía

tinto, como los hombres, y mostraba una firmeza, una seguridad en todo lo que hacía, que ella no podía por menos que admirarla.

La tarde transcurre sin premuras, mientras una chica desinhibida corre por un pasillo flanqueado de columnas clásicas, maderas nobles y cristales tallados. Sus movimientos son gráciles y livianos, como si volase acunada por el viento. Tiene el pelo dorado, y dorado es el ajustado vestido de escamas luminosas que la cubre, como dorada es la fragancia aprisionada en un frasco de romas aristas que, de repente, aparece entre sus manos delicadas, como un tesoro de ámbar.

Sobre la mesa, la más prosaica realidad descansa impasible: *la Carta del Domingo* muestra al nuevo papa, que ha tomado el nombre del *poverello* de Asís. Dos epígrafes dominan la portada: junto a la testa del Santo Padre, en blancas letras minúsculas, entrecomilladas: *Me voy a pescar*; bajo la foto, también entrecomilladas, pero esta vez con rojas letras mayúsculas: *VAMOS CONTIGO*. Es su lectura semanal.

Le digo que, si ella quiere, puedo traerle un libro de cuentos, o poemas sencillos, o una *Biblia* ilustrada, para niños, con letras grandes. Pero me objeta que se cansa leyendo, que tiene lectura de sobra, y, entonces, recoge del suelo una caja de plástico que posa en su regazo. La abre y me enseña la *Biblia* que ha comprado. Me quedo sorprendido, y le manifiesto mi sorpresa.

- La he comprado en la parroquia –dice-. Están recogiendo fondos para poner una puerta nueva a la iglesia. La que tiene ahora está muy vieja, y se cae a pedazos. ¿Tú no la has visto?

Le digo que sí, pero mi vista está centrada en unas tiras de papel que sobresalen de los cantos del libro. Intrigado como estoy, me dedico a abrirlo por las páginas donde están insertados los presuntos puntos de lectura, seis en total. Con verdadero entusiasmo, comienzo la singladura: *Libro de Rut, Libro de Judit, Libro de Ester, Salmos, Proverbios y, por último, Sabiduría.*

¿Es posible que mamá haya seleccionado esos pasajes? ¿Qué sugerentes enseñanzas se esconden en esas páginas? Levanto los ojos, admirado y confuso a la vez. Ella, que no ha dejado de observarme todo ese tiempo, me sonríe y dice:

- Ha sido Laura, tu mujer. Estuvo aquí hace unos días. Me dijo que leyera donde ha puesto los papelitos.

- ¿Laura ha estado aquí? –digo. Me quedo un instante callado y luego continúo- ¿Has leído algo?

- Lo he intentado, pero tiene las letras muy chicas.

Esbozo una sonrisa y muevo la cabeza. Mis manos escrutan el contenido de la caja, pero mi mente está en otro lado. Veo a Laura inclinada sobre mamá pidiéndole un papel; la veo rompiéndolo en

tiras sin dejar de sonreír todo el rato, mostrando su cara más amable, y luego la veo en la hondura de la noche, en su lado de la cama, de espaldas, separándose de mi pecho cuando me acerco, y la oigo tragando saliva, sin decir palabra alguna, sólo izando el puente levadizo que hace patente el foso legamoso, la gélida distancia que media entre las orillas de dos mundos imposibles. Ya de este lado, sin apenas concederme un ápice de autoindulgencia, continúo la parodia del buen hijo.

- ¿Éste también lo has comprado? – digo.

Levanto ante sus ojos un pequeño librito de pastas verdes, *Cantoral básico para parroquias, colegios y otras comunidades*.

Me dice que sí. Yo ya estoy ojeando su interior. Leo al azar: *Que lo diga la casa de Israel: es eterna su misericordia. ¡Aleluya, aleluya, aleluya!* De repente, me veo en el internado regido por los salesianos, en la misa del domingo, y veo al hermano Higinio de espaldas, delante del coro, moviendo los brazos extendidos a la altura de los hombros, en suave cadencia, como alas de albatros que acunara el viento, y veo a ese mismo hermano, de guardia, en el comedor, moviéndose con seguridad entre las mesas, hierático y distante. Lleva prendida una campanilla por el badajo, su mano enfundada en el bronce bruñido, como el garfio de un pirata. De vez en vez, propina un golpe seco y contenido sobre las cabezas de los alumnos más bullidores. De esta forma expeditiva

consigue transmitir, y aun incrustar en los cerebros la pedagogía del silencio y el recogimiento.

- Conozco algunas canciones –digo-. Las cantaba en el colegio. ¿Te suena? Inicio la letra de un canto que me resulta muy familiar, tratando de que mamá me siga, gritando, contra lo que es mi costumbre.

- Yo no me entero, Claudio –dice, y por un momento siento un gran cansancio, que sé que es fruto de la impotencia, pero no por eso menos angustioso.

Le quito la caja del regazo y la coloco sobre la mesa. Ella sopla la taza con la leche y da pequeños sorbos, seguramente quemándose la lengua. Yo, mientras tanto, exploro el contenido del arca de los prodigios, ese cajón de sastre que hace las veces de santuario: además de la *Biblia* y el *Cantoral*, hay una *Carta del Domingo* de hace una semana; el opúsculo *El rosario en familia*; una fotocopia del *Credo*; una estampa de María Madre y Pastora rodeada de corderitos; una postal de Santa Rita; una estampa del rostro de Cristo, sereno y hermoso, con un poema de Santa Teresa en el reverso. *Nada te turbe, / nada te espante. / Todo se pasa,/ Dios no se muda./ La paciencia/ todo lo alcanza./ Quien a Dios tiene/ nada le falta,/ sólo Dios basta.*

Mis recuerdos de mamá antes de que enviudara no logran situarla cercana a la iglesia. Toda su vida ha sido trabajo y más trabajo; en todo

momento rodeada de sartenes y ollas, como la santa de Gotarrendura; siempre a la sombra de papá, hasta que éste nos dejó, ay, hace ya tantos siglos.

¿Acaso es la religión el destino último de las almas solitarias, la segura dársena que nos protege de la tormenta de la desolación?

Ahora, sin embargo, imagino a mamá cada sábado en la tarde, junto a mi hermana, atendiendo a la liturgia muda del reverendo de turno, observando la mímica del oficiante, sus gestos comedidos, su provecto ritual de símbolos, su atrezo arcaico, orillado de albos paños almidonados rematados de encajes y finas puntillas, de lenguas de fuego, diminutas y pobres, que oscilan, macilentas, al albur del aire.
Mamá y su rutina piadosa de los sábados. Mamá con su altar doméstico, reducido a las seis superficies de una caja de plástico que la incuria del tiempo ha patinado de amarillo. ¿Cabe Dios en una caja?

Ella ha cogido de nuevo el mando a distancia.

Sobre el fondo ocre y añejo de una casa señorial, los créditos van desfilando, de derecha a izquierda, lentos y prosaicos, como una caravana de letras en un desierto interminable. De golpe, un cocinero/cómico, o un payaso/chef, que no tiene uno muy claro cual es la verdadera vocación del chico, propone alegremente un bacalao al pil-pil y una ensalada caliente de berberechos con salsa

de vieiras.

- ¿Te gusta ese muchacho? –digo.

- Como no lo escucho… ¿Qué son las vieiras?

- ¿Ves la fuente –digo-, junto a la sartén…?

Ella mueve la cabeza y yo me inclino hasta el suelo. Cojo una cajita de metal, ovalada, y la abro. Hago recuento de su contenido: un espejito, un cortaúñas, una lima, unas pinzas…y un botón rosa del tamaño de una moneda de dos euros. ¿Qué hace ese botón ahí, tan fuera de contexto?

Al cabo, ella ha consumido su leche y yo he bebido mi café. Así que me levanto y recojo la bolsa de las medicinas y la bolsa de las lanas, la caja de las lecturas y la iconografía religiosa y la cajita de la pedicura. Lo dejo todo donde estaba, junto a los pies de la butaca de mamá, toda la industria de su vida actual a mano, a un solo gesto de sus delgadas articulaciones.

Después retiro las tazas y sólo dejo sobre la mesa la hoja parroquial de esta semana y el mando a distancia. Deposito las tazas en el fregadero y entro al cuarto de baño. Cuando regreso a la salita, mamá se ha dormido. *Quien a Dios tiene / nada le falta, / sólo Dios basta*.

Mientras mamá dormita su enésimo sueño, miro la *Carta del Domingo* sobre la mesa y veo una vez más

a Jorge Mario Bergoglio, cardenal arzobispo de Buenos Aires, levantando su mano derecha, saludando a la grey.

Cuando ella despierte, la besaré con ternura, le apretaré los hombros con mis manos, blandamente, y le diré adiós. Atrás quedará Francisco con su túnica inmaculada, sus gafas de miope y su cara redonda y bonachona. Colgando de la pared, justo encima de la cabeza de mamá, el romance enmarcado que ella recita de corrido, la copla tantas veces repetida que siempre me gusta oír de sus labios, los versos que ella sabe de memoria, que suenan como un torno de oraciones en mis oídos cada vez que la visito, y que me hacen creer que le evocan sus años de juventud, el tiempo en que ella soñaba con un futuro luminoso en medio de la batalla de los días. Un romance que comienza:

Entre tu casa y la mía
hay un muro de silencio…

ACCESIT 4

LO QUE DIOS HA UNIDO A DONDE ÉL NOS LLEVE

Natalio Saludes Martínez

Mi mami me pidió que merendara deprisa porque tenía una cosa que contarnos. Yo nunca había tenido sorpresas en mi vida, y por eso no esperaba sorpresas. No estaba acostumbrada a ninguna novedad; nuestra vida era muy sencilla. Quizás me reñiría por algo que, seguro, habría hecho mi hermanito.

Nosotros teníamos la suerte de ser una familia, muy pocos niños de mi barrio tienen una familia con papá y mamá y hermanito. Unos tienen mamá y abuela; otros tienen abuelo o abuela o los dos; otros tienen mamá y hermanito. A veces tenían otros papás por algún tiempo. Mi hermanito y yo dormíamos cada noche con papi y mami. Después de todo lo que he vivido, sé que aquello era y es una fortuna que no todos tienen.

Pero, aún así, estaba nerviosa, aunque en mi mente no había ninguna preocupación ni un sueño especial que pudieran cambiar mi vida. Solo la abuela ponía novedades en nuestra vida con cada postre que nos traía en sus visitas. ¿Conoces las pupusas de ayote con queso?, Las de mi abuelita son las mejores. ¿Qué cosa mejor podría yo soñar para mi vida? Había oído de alguna niña que se había ido a la ciudad, pero yo no quería irme a la ciudad, mi barrio es el mejor del mundo. Además, la ciudad es un sitio del que nadie regresa. ¿Te imaginas que no volviera a ver a mi abuelita?

Mami y papi se sentaban y hacían, con sus piernas, una silla gigante para sentarnos mi hermano y yo. Mami nos dijo que tenía que hacer un

viaje, y que lo hacía por nuestro bien. Que pronto vendría a buscarnos. ¡Oh, no! ¡Mi mami también quería irse a la ciudad!, ¿Por qué? Mami nos contó que existía un lugar donde los papás podían trabajar y los niños caminaban seguros por la calle. Y que existiría un día en nuestra vida en el que caminaríamos por la calle sin mirar para atrás; mirando sólo hacia delante, hacia el lugar a donde quisiéramos ir cada día. Porque no temeríamos a nadie.

Yo ya sabía que el que va a la ciudad no vuelve nunca, pero mi hermanito hizo la pregunta: "Mañana vienes ya, ¿verdad?". Mamá salió un momento afuera, estoy segura de que fue para llorar un rato. Hubo una vez, en que mami estuvo algún día fuera de casa, cuidando al abuelo. Pero ahora mami estaba hablando de otro viaje, y de una ciudad.

Mi hermanito y yo salimos a jugar, todas las familias son amigas en el barrio. Y se cuidan unas a otras. Cerca de mi casa hay un parque, pero todos los parques están rotos, porque chicos mayores se divierten rompiéndolos y nadie los arregla. Además, en los parques papi no nos deja soltarle la mano. Por eso no me gusta ir a un parque, no puedes jugar, solo pasear con papi. Preferimos jugar en el barrio, aunque mi hermanito se mete en los charcos y salta para después venir a abrazarme para que yo eche a correr y reírse un poco de mí.

Papi salió a buscarnos y nos mandó entrar en casar. Yo no me imaginaba

cuán difícil se ponía ahora su vida por causa mía y de mi hermanito. Hasta nuestra puerta vinieron, también, los amigos de mi hermano. Eran niños como mi hermano, pequeños, inquietos, risueños, con interminables ganas de jugar. Eran niños buenos como mi hermanito. Yo no sabía, y ellos seguro que tampoco, que ya eran parte de una banda. Mis papis sabían que esos niños significaban para mi hermanito y para mí una vida que no quería para nosotros. Pero yo me enfadé. Si mami puede salir, ¿por qué nosotros no?

Mi hermanito se enojó, era una rabieta más de tantas que tenía cada día. Esas rabietas, cada vez más numerosas, era lo que le daba miedo a mi papi de perder el control sobre nosotros. Las bandas utilizan esas rabietas para dominar a las familias. Un niño enfadado es el principio de todos los miedos en una familia de nuestros barrios. Mi hermanito tenía aquel día 7 años. La negativa de mi papi le reforzaba su sentimiento de unidad hacia aquellos otros niños de afuera, todos buenos. Pero mi papi sabía que su compañía no prometía un futuro bueno.

Al momento llegó mi abuela. Eso sí que era una fiesta. Cada vez que venía mi abuela a vernos venía cargada de arroz en leche, o de empanadas de plátano y frijoles en leche, bien pasaditas en azúcar. Aquellas visitas eran los momentos más felices de nuestra vida. Ella, a cambio, nos pedía abrazos.
De repente, mi mami también regresó a casa. Sin saber cómo, de repente

todos estábamos llorando. Mami y abuelita lloraban como nunca las había visto llorar. Mi mami es una mujer muy fuerte y muy valiente. Algo raro estaba pasando. Nuestra vida era muy sencilla. Nunca había emociones grandes. Y los miedos se contenían para que mi hermanito y yo no los sintiéramos.

Mi papi estaba en casa porque no tenía trabajo y era el que nos llevaba y nos recogía. Mi mami trabajaba de secretaría y salía de casa antes que nosotros. Mi papi nos llevaba a la escuela, que estaba a sólo un ratico de nuestra casa. Sólo un día fuimos a la escuela con el papi de mis dos mejores amigos. Nuestra vida era todos los días igual. No había razones para que mami llorase. El único día distinto y el que más me gustaba era el miércoles porque nos tocaba limpieza en el aula. La profe movía las mesas y yo tenía que barrer, ese día no nos sentábamos; y entre tarea y tarea jugábamos dentro de la clase, aprovechando que habíamos movido las mesas para un lado. Y al salir de clase, papi estaba en el mismo sitio y en la misma postura donde le habíamos dejado por la mañana.

Mi abuela quería a mi mami tanto como mi mami me quiere a mí. Pero ese día la abuela estaba muy enfadada, o quizás estuviese triste. Sólo repetía que mi madre no se iría, no podía irse. ‘Si te vas, estos niños serán huérfanos. Aquí los hombres no pueden vivir sin una mujer; y los niños menos. ¿Quién los va a cuidar? Lo que Dios ha unido no lo puedes separar tú. No sé qué

piensas encontrar al otro lado, quizás encuentres otro hombre, pero no vas a encontrar un trabajo que te permita regresar a buscar a tu familia. Si te vas tú sola destruirás esta familia. Yo no tengo edad para quedarme con estos niños".

El otro lado de nuestros barrios era muy peligroso. Incluso dentro de nuestro barrio no podíamos soltar la mano de papi, ni dar una patada a una pelota perdida por la calle. Eso me enojaba muchas veces. Yo entendí que la abuela estaba diciendo que el barrio se había vuelto peligroso también para los adultos. Pero también entendí que mamá quería irse a algún sitio y dejarnos con la abuela.

Me alegré tanto de oír aquello. Me alegró saber que la abuela estaba de nuestra parte. Yo tampoco quería que mi mami se fuera a ningún sitio. Aunque era papi el que nos hacía la comida, pero para dormir necesitábamos estar los cuatro juntos. Nunca en nuestra vida hemos dormimos separados. Mi casa tenía dos habitaciones. En una de ellas había dos camas para dormir los cuatro. En la otra había una cocina y un baño. Era todo lo que teníamos. Pero era nuestra casa y éramos afortunados por tener una casa.

Mi mundo era lo más bonito que yo había conocido nunca. No entendía por qué tenía que existir el miedo. Los miedos lo estropean todo; te impiden correr detrás de una pelota, y te impiden dormir tranquila en tu propia casa. Y mami quería irse al

otro lado de algún sitio. Y la abuela, como yo, quería que todo siguiese como estaba. Está claro que me faltaba alguna explicación para que yo entendiese las cosas. Me dieron abrazos, muchos abrazos, más de lo normal, pero no explicaciones. Cuando los abrazos colectivos terminaban, mi hermanito seguía dándome abrazos. Era como si algo que yo no abarcaba nos hubiese unido más que nunca.

El día siguiente volvió a ser como los días anteriores. Excepto porque había algún abrazo más de los habituales. Mami se iba a su trabajo. Papi nos llevaba al cole. A la salida del Cole, Papi seguía allí mismo, donde nos dejaba por la mañana. Todos los papis estaban en el mismo sitio. Parecía que nada hubiera en el mundo capaz de separarles de nosotros, ni el sol, ni la lluvia, ni el hambre ni el cansancio. Papi siempre estaba esperándonos.

Un día, en el cole, mi hermanito me dijo: "¿Tú crees que algún día yo tendré que hacer daño a Papi?". Yo me reí: "pero si eres un pequeñajo, tú no puedes hacer daño a papi. El es y será siempre más fuerte". Mi hermanito me contó que un niño de la escuela había hecho daño a su padre, lo contó en el patio a todo el grupo. Mi hermanito le dijo que "Eso no se hace. Papi es el que nos va ayudar siempre y a proteger'. Aquel niño le contestó: 'muy pronto tú también tendrás que decirle a tu padre quién eres y si no te obedece o no nos obedece a nosotros, quizás tengamos que hacerle daño, tú o yo".

Aquel niño era de otro barrio, tenía pinturas en la cara, no sé lo que habrá llegado a ser hoy en día, pero aquel día nosotros solo lo veíamos como un niño de otro barrio, cercano y conocido. Mi hermanito se asustó y yo también.

Yo no tenía claro si mami había hecho o no aquel viaje del que habló. Si ya estaba de vuelta o si aún no se había ido, porque todo en la casa parecía seguir igual que ayer y que la semana pasada, y que el año pasado; salvo porque los coches y las cosas de la calle estaban más rotas y nadie las arreglaba; y el barrio se llenaba de pintadas extrañas. Cuando entré en casa, cerré la puerta para que nadie más entrase y fui yo quien sentó a papi y a mami, mientras mi hermanito se enojaba porque no quería jugar con él, no en ese momento. Les conté lo que me había dicho mi hermanito. Papi contuvo a mi hermanito: "¿Es eso lo que te dijeron?". Mi hermanito contestó: "También me dijeron que si quiero seguir viviendo en este barrio tendré que hacer lo que digan ellos".

Mami dijo: 'ahora o nunca'. Mami se fue a la casa de la abuela, según dijo, a llevarle unos frijoles.

Papi había cocinado una yuca sancochada, nos dijo que comiéramos hasta que no pudiésemos más. Nos dijo que desde aquel día íbamos a estar en cama, que estábamos enfermos y no podíamos ir más a la escuela. Ya no salimos mas a la calle, ya no vi más a mis amigas. Cuando regresó mami venía con la abuela y traían mucha cola de caballo y otras

hierbas; habían dicho a algunos vecinos que estábamos enfermos, y éstos les habían dado sus mejores remedios.

La abuela nos dijo que lo más importante en el mundo era la familia, en este lado y al otro lado del océano. Por nada del mundo podíamos separarnos nunca. Dios nos ha hecho una familia y nada en la vida puede ser mejor para nosotros que esta familia. “Pase lo que pase, vayáis donde vayáis, quiera Dios de vosotros lo que sea su voluntad, cuidad de que Papi y mami se quieran siempre mucho. Si se rompe la familia estamos todos destruidos. Ya no habrá felicidad. Si Dios quiere que vayáis al otro lado del océano, id en familia. Ningún mal os hará daño si la familia está unida, vuestra fuerza es vuestra familia”. Aún lloro de recordar aquel momento.

Mamá nos dijo que iban a llevar a nuestra familia a un mundo mejor, un mundo sin violencia, sin pandillas, donde los niños eran felices siendo niños, jugando como los niños, estudiando hasta que fueras mayor; donde ningún niño invitaría ni obligaría a ningún niño a hacer mal a nadie. Mamá dijo que había un mundo donde los papis podían hacer más cosas que cuidar a los niños porque en ese mundo todos cuidaban a los niños. En ese mundo, los niños podían crecer sin armas en las manos y sin pintarse la cara. Los niños serían amigos sin preguntar en qué barrio habían nacido. Y donde las niñas podían crecer y estudiar y elegir su futuro, sin que ninguna

banda les obligue a dejar de ser niñas antes de tiempo.

Papi dijo: “Hemos tomado una decisión. Somos una familia. Dios nos ayudará”. Ésta era la primera sorpresa en mi vida. No soy capaz de expresar lo que papi y mami habrán vivido ese día. Mami había pensado viajar a España para buscar un trabajo y cuando ganase algún dinero nos llevaría a todos los demás. Pero la sabiduría de la abuela, la obediencia de mamá, la humildad de papá obraron un milagro: Mantener nuestra familia unida. Ahora me cuenta mami que la abuela le decía todos los días que no existía ningún mundo sin violencia salvo en nuestra imaginación. Que no existe el mundo perfecto. La única posibilidad de paz y de perfección está en la familia si se mantiene unida; y es el mayor valor por lo que hemos de luchar, vivir y trabajar. La familia es más importante que un futuro mejor. Y ninguna familia puede resistir si está separada y sometida a los vientos de un océano. Porque viajar sola era dejar su familia a merced de los sentimientos que viajan por sí solos como viajan y azotan los vientos.

Mi hermanito preguntó: ¡Papi, ¿cuánto tiempo vamos a estar fuera? Porque tengo que despedirme de mis amigos, y a lo mejor alguno quiere venir conmigo?

Papi dijo que íbamos a hacer las maletas porque nos iríamos un día cualquiera, y que a partir de ese día no tendríamos posibilidad de retornar. Yo nunca había hecho un viaje de

hacer maletas. No sabía lo que era una maleta. Cuando íbamos a la casa de la abuela siempre llevábamos una bolsa vacía para traerla llena. Puede que fuera cierto que había otro mundo lejos de nuestro mundo y que nos hiciesen falta tantas cosas.

Papi cogió a mi hermanito y le metió en la cama, le dijo que estaba enfermo y que no podía salir por nada del mundo, que ya atendía él a sus amigos y les explicaba todo. El éxito de este viaje estaba en que nosotros no contásemos nada. De lo contrario, nunca podríamos ver el océano, ni los barcos, ni las ciudades.

La abuela me daba tantos besos y abrazos que ya me dolían las mejillas. Me prometió que muy pronto nos veríamos. Ahora sé que estaba mintiendo. Sus lágrimas decían que ella no venía con nosotros, se quedaba en aquel lado. Esa noche la abuela se quedó a dormir con nosotros. Era la primera vez que lo hacía. Y la última que podía hacerlo.

Estuvimos viajando tres días, paramos en dos ciudades a dormir. Mami nos decía que no eran nuestra casa definitiva, eran casas provisionales donde nos dejaban estar. Se llaman hoteles. La habitación de un hotel es más grande que mi casa. Las casas, las ciudades, todo era más grande. Descubrí un mundo que era más grande que todo aquello que yo creía que era todo el mundo. Mis papis no me habían contado por qué hacíamos aquel viaje. Pero yo ya lo sabía. Un día un niño me dijo que yo ya era mayor, tenía 9 años, pero iba a

cumplir diez. En mi mundo anterior, allí donde nací, las niñas solo son niñas sus primeros diez años. Después, el mundo se vuelve inhóspito y violento.

Cuando subí al primer avión Papi me dijo que había que volar por el aire para poder elegir tu camino. Aunque ahora mismo no sabíamos en qué camino íbamos a aterrizar, estábamos llegando a un mundo donde las personas se respetan, porque se aman y porque hay leyes que nos enseñan a amarnos.

Creo que Dios tiene un plan para todas las familias que quieren seguir siendo una familia; porque cuando llegamos a la que por fin sería nuestra casa nos recibió un hombre al que ninguno de nosotros conocíamos. Nos recibió y nos dijo unas palabras que nunca olvidaré: "Este espacio será vuestro mundo durante un tiempo. Mientras estéis aquí somos parte de vuestra familia. Lo que necesitéis pedidlo y se os dará; como Dios nos lo da a nosotros.". Yo creo que es el ángel de la Guarda del que me hablaba mi abuela, que se vino con nosotros.

.....

La niña, cuya pequeña experiencia he querido relatar, llegó a España un 15 de septiembre. El primer domingo en que fue a la catequesis encontró un euro en el suelo. Vino a dármelo 'porque es de la iglesia'. Le contesté que podía quedárselo, si ella lo había encontrado era porque algo bueno quería Dios que hiciese con él. Tras la misa hay en la parroquia una cafetería que nos hacen los papás en el salón

parroquial. Al salir la niña, para irse a casa, me dice: ¿Sabes lo que hice con la moneda?. Yo esperaba escuchar que lo gastó en un zumo o un pastel. Me contesta: “Se lo di al pobre que pide en la puerta, porque mi papi dice que si tú das Dios te da mucho más. Y nosotros necesitamos muchos más’ ¿cómo puede una familia transmitir tanta fe?

AGRADECIMIENTOS

Además de dar las gracias a quienes aparecen mencionados en el prólogo, queremos expresar nuestro agradecimiento a D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal, Arzobispo de Madrid por su empeño en sacar esta edición adelante sobre la belleza en la familia y su continua dedicación a su labor pastoral en la Archidiócesis de Madrid.

Damos las gracias también a la Fundación para la Atención a Menores por su generosa aportación a la convocatoria y organización de este primer concurso.

Queremos dar las gracias al magnífico jurado que ha leído todos y cada uno de los trabajos presentados y ha facilitado las deliberaciones para otorgar el premio a las personas

que han resultado agraciadas por sus méritos. Han sido miembros del jurado del I Premio de Relatos Cortos de la Fundación Casa de la Familia, D. Joaquín del Castillo Rodríguez-Acosta, Dª María Parés Grahit y Dª Maria Bazal González. El jurado también quiere agradecer el trabajo de todas aquellas personas que han presentado sus escritos y no han resultado agraciadas con ningún premio ni accésit pero que han engrandecido el premio compitiendo con sus aportaciones.

Por último y no menos importante dar las gracias a D. Rodrigo Pinedo Teixidor, Director de Medios de la Diócesis de Madrid, por la difusión realizada del concurso que nos ha permitido abarcar un horizonte mucho más amplio que la propia Comunidad de Madrid, así como nuestra gratitud por facilitar la celebración de la entrega pública de los premios en el salón de medios del Arzobispado de Madrid.

Madrid a 14 de marzo de 2018.

ÍNDICE

Prólogo *3*
La belleza de la familia cristiana
Cardenal Carlos Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Primer Premio *8*
La consecuencia de leer tanto a Kafka
Luis González Córdoba

Segundo Premio *28*
Esa belleza de familia pobre
Miguel Sánchez Robles

Accesit 1 ..... *40*
Teoría y práctica
Nélida Leal Rodríguez

Accesit 2
Más allá del primer confín
Joan Ruscalleda Massó *57*

Accesit 3
La visita
Juan de Molina *73*

Accesit 4
Lo que Dios ha unido a donde Él nos lleve
Natalio Saludes Martínez *87*

Agradecimientos *101*

Convocados por:

y con la colaboración de: